

ATENEO

REVISTA MENSUAL ILUSTRADA



DIRECCION Y ADMINISTRACION

27. CALLE DE SERRANO. 27

TELEFONO NUM. 1.297

MADRID

TOMO XIII

NUMERO VI

ATENE O

REVISTA MENSUAL ILUSTRADA

TOMO XIII

JUNIO 1912

NÚMERO VI

JUNTA DE REDACCIÓN

PRESIDENTE: Segismundo Moret y Prendergast.

S. y J. Alvarez Quintero, Rafael Andrade, Manuel Antón, Gumersindo de Azcárate, Aureliano de Beruete, Adolfo Bonilla y San Martín, Infanta Paz de Borbón, Tomás Bretón, Julio Burell, José Canalejas, Conde de Casa-Segovia, Condesa del Castellar, José Echeagaray, Arturo Farinelli, J. Fitzmaurice-Kelly, R. Foulché-Delbos, Eloy García de Quevedo, Edmundo González-Blanco, Rafael María de Labra, José Marvá, Gabriel Maura, A. Moret-Fatio, Conde de las Navas, Miguel de los Santos Oliver, Jacinto O. Picón, Julio Puyol, Santiago Ramón y Cajal, Blanca de los Ríos, José Rodríguez Carracedo, Francisco Rodríguez Marín, Rafael Salillas, Amós Salvador, Joaquín Sorolla, Leonardo de Torres Quevedo, Rafael Ureña, Alfredo Vicenti, Práxedes Zaurada.

DIRECTOR: Mariano Miguel de Val y Samos.

SUMARIO

	Páginas.
MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO.....	227
Discurso de D. Antonio Maura.....	231
Un inmortal.—La sombra de Menéndez.—Miguel S. Oliver.....	236
Más estoy para llorar.....—Francisco Rodríguez Marín.....	238
Era la Patria... (poesía).—Ricardo León.....	241
Notas biográficas.....	241
ORGULLO DE RAZA.—Juan Menéndez Pidal.....	245
SIEMPREVIVA (cuento).—Antonio Guardiola.....	250
PSALMOS.—R. Causinos-Assens.....	252
El AMADO (poesía).—Blanca de los Ríos de Lampérez.....	255

INFORMACIONES

ACTUALIDAD:	
Bibliografía hispanoamericana.—Mariano Miguel de Val.....	255
FINANCIERA:	
Exportación de frutas y legumbres del norte de España al sur de Inglaterra.—Luis Calderón.....	257
ACADÉMICA:	
La fiesta de Rubén Darío en el Ateneo.....	263
BIBLIOGRÁFICA:	
Esperanzas y recuerdos (poesías) y Madrid goyesco, de D. ^a Blanca de los Ríos.—M. M. V.....	268
Campos de Castilla, de Antonio Machado.—M. M. V.....	269
Jotas, de Sixto Celorio y Alberto Casañal.—F. Aznar Navarro.....	270
La pata de la raposa (novela), de Ramón Pérez de Ayala.....	272
Las flechas del amor (novela), de Alberto Insúa.....	272
El hipnotismo prodigioso, de Alfredo Rodríguez de Aída.—Ángeles Vicente.....	272
LIBROS RECIBIDOS.....	274
ÍNDICE DEL TOMO XIII.....	275

GRABADOS

Retrato de Rubén Darío.....	265
Retrato de D. ^a Blanca de los Ríos.....	269

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN Y DE VENTA.—TARIFA DE ANUNCIOS

	Año.	Número suelto.	DIMENSIONES	Mes.	Trimestre	Semestre.	Año.
	— Pesetas.	— Pesetas.		— Pesetas.	— Pesetas.	— Pesetas.	
España.....	24	2,50	Plana.....	40	100	175	300
			Media plana.....	25	60	100	175
Extranjero.....	30	3	Cuarto.....	15	40	65	110
			Octavo.....	10	25	40	70

Los socios del Ateneo de Madrid disfrutan de un 50 por 100 de rebaja en todos los precios de la Revista.

En la Sección Bibliográfica se dará cuenta de todas las obras que se reciban por duplicado.

La correspondencia, a nombre del Director.

Las suscripciones, anuncios, pedidos y reclamaciones, en la

Dirección y Administración: Serrano, 27. MADRID.—Teléfono 2.297.

La Equitativa de los Estados Unidos

SOCIEDAD DE SEGUROS SOBRE LA VIDA

FUNDADA EN 1859 ■ W. A. DAY, Presidente.

SUCURSAL ESPAÑOLA DESDE 1882

— o o o —

El hombre que no tiene fortuna propia, sino que vive del fruto de su trabajo cotidiano, no puede abrigar fundadamente la esperanza de proporcionar por los medios ordinarios un porvenir de abundancia para su familia, además del bienestar relativo en que al presente la sostenga.

Pero adoptando hábitos de frugalidad y economía es probable que pueda ahorrar lo suficiente para hacer un seguro sobre su vida que garantice una vejez tranquila para él mismo, ó un mediano pasar para los seres queridos á quienes actualmente protege.

Una póliza de regular importancia se adquiere con un desembolso soportable, y cada año cuesta menos por los dividendos que LA EQUI-TATIVA reparte anualmente entre sus asegurados.

NOTA.—Si tiene usted la bondad de llenar los huecos del adjunto cupón y remitirlo bajo sobre dirigido á la

Sucursal Española de LA EQUITATIVA

Apartado 16

MADRID

recibirá usted explicación detallada de algunas combinaciones de seguro que habrán de interesarle, adaptadas á su edad y circunstancias especiales.

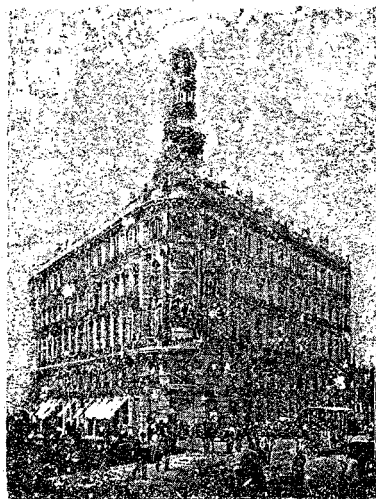
Nombre:

Profesión:

Año, mes y día de su nacimiento:

Fin que perseguiría al asegurarse:

Cantidad anual que dedicaría al pago de la prima:



Autorizado por la Comisaría general de Seguros.

Marcelino Menéndez y Pelayo

En su casa de Santander ha muerto el 29 de mayo el maestro Menéndez y Pelayo, el crítico insigne, el eximio catedrático, el historiador enciclopédico, el penetrante erudito, el literato por excelencia, el académico por antonomasia. Todas las plumas castellanas trepidarán, convulsas de dolor, en un raptó de angustia y de desaliento.

Menéndez y Pelayo era la más alta cumbre de la literatura militante, la más clara y considerable de las capacidades en producción. No tenía rivales ni había conocido precedente. Como careció de compañero y de par, es muy difícil que tenga sucesor. Reasume en sí una estirpe de sabios que se concreta en él solo, porque fué único é insuperable por la amplitud y la intensidad de su labor, por la gallardía para darle cima y la evangélica modestia para prometer la continuación de su titánica tarea.

Era gigantesco en todas las condiciones de su alta personalidad. Grande en el planear, como aquellos artistas del Renacimiento español que construyeron catedrales, se había propuesto, para invertir su ciencia y su trabajo, rehacer la historia del arte literario en España. Humilde y sencillo en su trato personal, vivió alojado en la pobre vivienda de los altos de la Academia de la calle del León. Su traje negro y su desgarrada y castiza capa española, que usó todos los inviernos de su vida, eran populares en los puestos de libros de las calles más concurridas de Madrid, que recorrió todas las tardes al anochecer, á la hora popular en que Madrid entero se acicala y afluye al centro de la villa para desfilár ante las luces de los focos voltaicos.

Todos los escritores del habla castellana tomarán parte en el duelo. Ninguno de ellos dejó de sentir una vez la influencia paternal del preclaro maestro, que al morir se lleva una partícula de cada uno de nosotros. Todos tenemos alguna idea, alguna enseñanza, alguna orientación que mueva nuestra gratitud al insigne polígrafo. Su obra y sus libros han sido una riquísima cantera de temas poéticos, de estudios académicos, de indicaciones de monografías. Con ser tanto y tan noble lo que supo, lo que aclaró, lo que pudo subir desde las reconditeces del secreto hasta la flor de tierra del conocimiento y de la vulgarización, aún es más, mucho más, lo que sugirió, lo que ocasionó, lo que dió á entender por misteriosas asociaciones de ideas.

Mucho se habla hoy de volver á lo antiguo, de tornar á lo castizo y á lo clásico. Mucho se habla, y mucho de ello se realiza por los poetas, por los dramaturgos, por los periodistas que sencillamente van detrás de los que propulsan y mueven la cultura. ¿Quién de ellos trabajó por reivindicar la antigüedad, el pasado, lo viejo, como trabajó Menéndez y Pelayo? Aun todos ellos juntos, ¿no se sienten pequeños y avergonzados ante la brillante y provechosa labor del gran polígrafo montañés?

Él enalteció á los poetas, dignificó á los filósofos y bruñó la fama de los dramaturgos. Desde que Menéndez y Pelayo dió remate á la primera parte de

su obra, no hay fuente que pueda consultarse, ni pista que seguir, ni escuela literaria que deslindar, ni modo, en suma, de caminar por la selva tropical de nuestra frondosa literatura que no sea de la mano del sabio ó asido á su capa, ó, al menos, aconsejado y dirigido por su mirada mágica, ducha en recomponer biografías, en analizar estudios, en adjudicar paternidades de obras é influencias de enseñanzas.

Menéndez y Pelayo era el genio de la erudición y de la crítica, que había encarnado en aquel modesto y laborioso estudiante de Filosofía y Letras de la Universidad de Barcelona, que al salir de las aulas, fresca aún la tinta de sus certificados universitarios, había de cristalizar por vía de ensayo su intento de historiador en la magna obra de los heterodoxos españoles.

El flamante sabio pudo observar desde el miserable albergue de una casa de huéspedes de Madrid que la impresión producida por su obra fué de asombro más que de admiración. La *Historia de los heterodoxos*, que hubiera sido para cualquier sabio término y remate glorioso de una carrera literaria muy activa, fué para el nuevo erudito ensayo y planteo de una labor, entretenimiento del ocio madrileño, recién llegado y contando poco más de veinte años.

En Barcelona había sido adocetrinado y dirigido por el sabio Milá y Fontanals. El erudito profesor de la Universidad catalana, enamorado de su discípulo, fué para él un guía, un protector, un compañero que le impulsaba, que le ofrecía su biblioteca y su experiencia, que lo aguijaba, oyéndole suspenso y emocionado, porque adivinó en él la cumbre y el faro, el resumen y el punto de partida de la ciencia literaria española en los fines del siglo XIX.

Tal vez trajo D. Marcelino de las aulas de la Universidad trazado el plan de la primera parte de su ciclópea labor. Esta tarea continuaba en la fonda, donde nos lo describe *Clarín* en su folleto literario *Un viaje á Madrid*, viviendo meses y años—dice—sin saber quién es, sin conocer á su vecino de mesa, sentándose en ella frente á un libro y tomando los manjares mientras devoraba la lectura.

Entonces planeaba la portentosa *Historia de las ideas estéticas* y se preparaba para las oposiciones á la cátedra de Historia de la Literatura española. Por entonces corrían otros vientos. Los contrincantes del joven aspirante á profesor fueron D. Antonio Sánchez Moguel y D. José Canalejas. Las poderosas inteligencias de tan peligrosos competidores fueron vencidas por Menéndez y Pelayo en unos ejercicios académicos memorables, asombrosos, definitivos.

En aquellos días dorados de una juventud fresca, animosa, un poco enardecida, D. Marcelino compartió sus triunfos personales entre la vida de los libros y la vida de sociedad. Su autoridad literaria le abrió las puertas de los salones. De entonces anda en todos los labios de los murmuradores una anécdota, entre picaresca y picante, de unas famosas rivalidades entre el joven sabio y el célebre comediante Rafael Calvo, jardinero de la amenidad de la vida, que por entonces triunfaba en el apogeo de su popularidad y de sus aplausos.

Adquirió luego el adorno supremo de su pluma, la diafanidad de su estilo

sereno, claro, sencillo, llano, transparente, como corresponde á quien ha volado sobre las cimas del Arte escudriñando los secretos de los días pasados, en los que se engendró la gloria de Castilla y la prez de sus escritores. En los métodos expositivos y en el arte de escribir superó á todos sus predecesores y salvó el peligro de contagio que podía emanar de la forma pobre y descuidada de su maestro de la Universidad de Barcelona.

Este es un mérito muy considerable que añadir á su nombre de sabio y de investigador. Fué un artífice literario y un estilista depuradísimo. Deja inapreciables modelos de narración, de elocuencia, de pintura de tipos y personajes que alientan y se mueven como si desfilaran en carne mortal ante nuestros ojos.

Mantenía una activísima vida interior. Tradujo y compuso versos y se enamoró de los místicos y ascéticos, y ordenó la *Antología de poetas líricos españoles*. Esta frondosidad de su esoterismo le apartaba del tráfico de la vida diaria, á pesar de su actuación académica y profesional. Tal vez por esta causa conservó sus ideas católicas y ultraconservadoras con un celo y una acritud que excedían á la bondad de su carácter y á la comprensión y amplitud que había aprendido en los libros.

Cánovas, seducido por la admiración que profesaba al gran polígrafo, quiso utilizar sus milagrosas dotes, y lo agració con un puesto parlamentario. Menéndez y Pelayo incorporó su nombre á la historia de las Cámaras españolas presentando y disponiéndose á defender una proposición de ley pidiendo que se devolvieran al Clero los bienes desamortizados por Alvarez Mendizábal.

La política lo contó en su puesto poco tiempo. Don Marcelino amaba la vida recatada y sencilla de sus trabajos, de sus paseos solitarios al atardecer por las calles céntricas de la villa, y gustaba detenerse en las terrazas ó en las mesas de los cafés abstraído y ensimismado en sus meditaciones, confundiéndose al andar con los paseantes, con los tertulianos, perdiéndose solo entre muchos millares de personas desconocidas que no lo conocían á él.

Su labor académica de miembro preclaro de la Lengua, de la Historia, de Ciencias Morales y de Bellas Artes es asombrosa. Sólo un prodigio de preparación científica coincidiendo con unas pasmosas aptitudes críticas pueden explicar este caso de genialidad, esta encarnación de superentendimiento, de clarividencia, de penetración y de asociación de ideas para el silogismo y la deducción.

Sustituyó á Hartzenbusch; partió con Valera el cetro de la Española, donde Menéndez y Pelayo hablaba como un oráculo; avaloró las ediciones de la Academia y contestó al discurso de entrada de Pérez Galdós, haciendo un caloroso ditirambo, el principio de la consagración oficial del autor de *Fortunata y Jacinta*.

Fué bibliotecario de la Academia de la Historia y censor de la Española, á cuya presidencia aspiró contra la candidatura de D. Alejandro Pidal. Dirigía la Biblioteca Nacional, asistió muchos años á su cátedra de la Universidad y

acudió asiduamente al Senado, donde representó al Claustro de doctores de Oviedo.

La labor adjetiva, de adorno, de añadidura de esta portentosa inteligencia es tan interesante, tan oportuna, tan luminosa como sus empeños principales. En artículos de revista, en introducciones, en preliminares de libros ha dejado estudios y juicios inconmovibles, insuperables. Los proemios á los tomos de la edición monumental del *Teatro de Lope de Vega* es la más importante obra en que se estudia al Fénix de los Ingenios.

En su prólogo á la traducción de la *Gramática griega* de Curtins, hecha por Soms y Castelin, hizo Menéndez y Pelayo una completa guía de los heleenistas clásicos y un índice utilísimo del estudio del griego en España. Era su ciencia como un vaso repleto, como una fuente copiosa que á cualquier invitación se derramaba pródigamente. Sus noticias eran siempre exactas; sus conjeturas sobre puntos dudosos, sobre lagunas oscuras de la historia literaria, tenían el valor de lo fidedigno. En cualquier asunto que tomara de su mano limpiaba lo estudiado antes de todo error, completaba las noticias, deducía las consecuencias lógicas y, al escribir para abandonar un tema, salía de su pluma el juicio acabado, la relación cierta, la historia que había de ser definitiva.

Apareció muy joven Menéndez y Pelayo entre una generación de eruditos. Gayangos, Durán, La Banera, los Fernández Guerra, Navarrete, Castro, Amador de los Ríos, Ochoa, Ixart y cien más que hicieron una religión y una especie de rara elegancia de los estudios de erudición; los que fueron contraltos del marqués de Molins, los protegidos del marqués de Salamanca, los beneméritos colaboradores de la magna obra que editó para bien de las Letras el impresor Rivadeneyra.

Don Marcelino Menéndez y Pelayo los heredó á todos y aportó en el solo caudal de su trabajo más que todos juntos.

La personalidad de ese hombre, cien veces ilustre, por mil conceptos eximio, que ha muerto, se define de un modo hiperbólico para que pueda ser exacto; la crítica y la erudición española se divide para lo sucesivo en dos grandes épocas: antes de Menéndez y Pelayo y después de escribir el sabio montañés sus historias del pensamiento español. ¿Hay alguno, por muy fastuosa fantasía que posea, que pueda imaginar una gloria más alta, un sitio en la inmortalidad más noble y más refulgente?

Nunca, jamás podrá escribirse de la historia artística ó científica de España sin citar, sin glosar, sin comentar á Menéndez y Pelayo. Se progresará mucho; se descubrirán secretos que ahora nos son desconocidos; evolucionarán las ideas morales hasta un punto que por ahora es incalculable; y entonces, aun los historiadores que no mencionen más que á un par de novelistas y á algún dramaturgo y á ningún poeta de hoy, beberán en las fuentes claras y cristalinas del asombroso investigador que en treinta y cinco años de vida laboriosa ha rehecho la historia de seis siglos de literatura turbulenta y los ha canalizado, y clasificado, y dosificado en unos cauces inconmovibles y seguros para siempre.

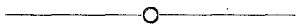
Tenía D. Marcelino en la Montaña un retiro apacible. Su solar de familia albergaba una nutrida, selecta y copiosa biblioteca, donde el benedictino de la lectura pasaba casi la mitad del año en la soledad del trabajo.

Allí acudió ahora á reponer su salud quebrantadísima y en peligro de perderse para siempre. Desde allí se telegrafió al discreto marqués de Cerralbo felicitándolo por su última obra de investigación, agraciada con precioso premio. Esta habrá sido quizás la última vez que el sabio se haya comunicado con Madrid.

Menéndez y Pelayo era un solitario, un consagrado, un viejo que gozaba de la simpatía, del amor más vehemente y más tumultuoso de la juventud literaria. Los jóvenes secundaron con todo su entusiasmo la candidatura de don Marcelino para la dirección de la Academia Española. Todos los jóvenes hubiéramos secundado la iniciativa de pedir para él el premio Nobel si no se hubiese interpuesto anteriormente el nombre también glorioso de Galdós, quien tenía sobre Menéndez y Pelayo la condición de más anciano y la urgencia de requerir el premio más pronto por ser un creador y un artista de la imaginación. El maestro de la crítica española, mereciéndolo más que el divino autor de *El audaz*, había de ceder á su compañero y amigo la prioridad de la recompensa.

La noticia, que se ha difundido por toda España, marca un día de luto para las Letras castellanas. Todos los escritores deplorarán con palabras encendidas la muerte del maestro, del «maestro» á secas, porque ése es su más exacto apelativo y el más breve modo de decir quién era: D. Marcelino era el maestro.

Era una gloria española. Le amaba Valera, le respetaba Cánovas, le glorificaba Costa, le comentaba Castelar, le consideró como á hermano descarriado D. Francisco Pi y Margall. ¿Qué más hace falta para que España doble la rodilla, se lleve el pañuelo á los ojos y por sus soldados, por sus escritores y sus ministros dé á los vientos la más ferviente, la más emocionada, la más sollozante de sus plegarias?



Un discurso de Maura ⁽¹⁾

En este gran duelo que aquí, señores, nos congrega, al escudriñar en mi ánimo advierto algo que no es la tantas veces renovada herida del amistoso afecto; tampoco el lamento desolado que la muerte provoca cuando nos arrebatara uno á uno los escogidos de nuestra admiración. Mezclaré con estas tristezas una suspensión desconcertada, sólo comparable con la de presenciar alguno

(1) En la sesión celebrada en la Biblioteca Nacional, bajo la presidencia de los Reyes.

de aquellos meteoros, rara vez ó nunca vistos, donde la Naturaleza despliega todo su formidable poderío, cual si quisiera restaurar su majestad desacatada por irreverentes osadías del ingenio humano.

Cuando cientos y miles de voces, altas y bien timbradas muchas de ellas, se conciertan para abatir nuestra dignidad hasta conducirnos á hermandad envilecedora con las bestias; cuando son tantos los que se industrializan para derogar las prerrogativas de la persona humana, para obscurecer el firmamento confiando á la sola vida terrenal nuestra existencia, y para desconocer al alma, con quien no topan microscopios ni escalpelos; cuando la conciencia íntima de nuestra libertad moral padece escarnio, como quimera de nuestra fatuidad; cuando entre las multitudes se divulga la idea de que este dogma de la Naturaleza bravía y misteriosa, creador de tantas hermosuras perdurables, con todo su indagar, inventar, cantar, gemir, pugnar y vencer, no es sino manojo de nervios estremecidos destinado, sin vida ulterior, á disiparse en fugaces pestilencias de pudridero; en medio de una tan honda crisis de las conciencias, quiso Dios enviarnos á aquel nobilísimo ejemplar de humanidad, renovado testimonio de excelsitud de la criatura predilecta, á imagen suya cincelada.

La obra ejemplar de Menéndez y Pelayo

Por esto, por ser tantas y tan asombrosas las obras de Menéndez y Pelayo, copioso manantial de mentalidad que fecundará innúmeras generaciones, libro principal entre cuantos escribió, que no anda en letra de molde, es la vida misma del escritor. Permitidme que un breve rato procure deletrear alguna de las enseñanzas que irradia.

Con una sola ojeada abarcad el empleo que Menéndez y Pelayo hizo de su vida. ¡Emplear bien la vida! Decidme: ¿cuál otro es el sello de los escogidos?

Subterfugio que urdimos, esquivando rigores de la conciencia, es pensar que el ejemplo de individuos como él, dotados de excepcional aptitud, no hacen regla para el común de los hombres: es la diferencia y cívica ley social y moral. Cada uno responde de los talentos que le están confiados, y cada cual de estos dones trae proporcionada carga de obligaciones; si nacemos todos equidistantes de la perfección, sujetos de condiciones las más diversas, muchas veces, en el ejército combatiente, la cumbre del heroísmo se alza en las anónimas filas, y no entre los generales. El más humilde, ignorante, rudo y pobre en el certamen de la vida disputa al poderoso, al sabio y al monarca mismo la corona de la virtud, inmarcesible y luminosa entre todas. No ha de pensar el lerdito por el discreto, ni pagar el rico por el pobre, ni el apocado y endeble ha de amparar al esforzado; mas siguiendo todos sus varias vocaciones, recíprocamente se sirven y sustentan en unidad providencial y armónica. ¡Grave culpa y lamentable yerro atentar contra esta ley, torciendo la vocación personal por flojedad, por ambición, por vanagloria ó por concupiscencia! Sin embargo, á medida que la vida colectiva se complica, se exalta, se hace más

intensa, más torrencial, más acosadora, más febril, en mayor contingencia estamos de errar nuestro camino ó salirnos de él.

Casi todos caemos así, abarcando más de lo que nos corresponde; por esto, Menéndez y Pelayo no: sin titubeo ni desmayo vació su vida entera en el cauce de su clara vocación, esquivo para los conjuros, invulnerable para los asaltos de las ambiciones más tentadoras.

Considerad su obra, imaginad que la hubiésemos perdido por disiparse él en otras empresas, y mediréis la alabanza á la fidelidad que se guardó á sí propio.

Inmensurabilidad de la obra de Menéndez y Pelayo

Aun empleada así, de la brevedad de su vida nos lamentamos, corta según el calendario, todavía más según nuestros deseos. Pero tal la reputamos, porque no advertimos que Menéndez y Pelayo tenía domado y uncido á su carro triunfal al tiempo, hermano primogénito de la vida y de la muerte.

¿Cómo queréis que midamos? ¿Por la extensión, la alteza y la profundidad de su obra? ¡Mostradme á los nonagenarios que hayan vivido más que él! ¿Echaremos la cuenta por cómputo gregoriano?... Harto sé que en registros oficiales hay intercaladas partidas que hablan de nacimiento y sepelio; pero ¿estamos seguros de que ellas señalen los confines extremos de su vida?

Cuando se nos apareció, el aforo del caudal que súbitamente traía á la cultura patria nos hizo sospechosa su fe de bautismo; incredulidad de la cual no supimos salir sino maliciando que en obsequio de Menéndez y Pelayo habían claudicado las leyes naturales. Las muestras que sigue dando de sí no nos dejaron recobrarnos de la primera estupefacción, y si fuimos incrédulos ante aquella adolescencia coronada de maduresces otoñales, no seamos ahora demasiado fáciles para creer que le perdemos. Yo, por mí, protesto, y digo que no ha muerto.

Los fueros del alma inmortal

Lo cual no significa milagro. En este compuesto que nosotros somos el alma tiene fuero que la exenta de la jurisdicción de la muerte, y sabemos todos con qué austeridades trató él á su cuerpo; el secreto está en haber concentrado su vivir en el espíritu, espiritualizándole todavía más por ser cuales fueron su inspiración y su obra. Para esta obra el frágil vaso roto ahora es menos, mucho menos que para las de Rafael ó de Velázquez la tosca urdimbre que acariciaron sus pinceles.

Hay una perdurable sociedad espiritual que forman las sucesivas generaciones.

En lo que alcanza cada uno de las ciencias, las letras y las artes, jamás distinguirá su personal aportación, lo granjeado por convivencia, lo heredado y lo que faltaría sin expectativa de posteridad. Para los diálogos de nuestro

pensamiento y para las admiraciones y antipatías de nuestro corazón, mucho más cerca de nosotros que la mayoría de nuestros contemporáneos, aun aquellos que personalmente tratamos, están hombres de siglos pasados con quienes no tenemos otro vínculo sino conocer sus libros ó sus proezas, llegando el hechizo hasta introducir en nuestra familiaridad los personajes fantásticos de sus libros ó sus canciones. ¿Qué significan, pues, las horas y los siglos? ¿Qué la muerte? Morir es acabar la gestación de la vida definitiva.

El poder del espíritu

Coligáronse un día contra el turco numerosas armadas de la cristiandad, capitaneadas por un mancebo en quien reverdecían los alientos del César, cuya sangre corría por sus venas. Aquella grandeza, aquella lozanía, coronadas por la victoria de Lepanto, y todavía autorizadas con la compañía de don Alvaro de Bazán visitando á la mañana siguiente los heridos, llegaron á bordo de la galera *Marquesa*, al rincón infecto donde, entre otros, yacía un soldado obscuro, anónimo, manco, herido, roído por la miseria y la fiebre. ¿Quién que le contemplara habría pronosticado lo venidero? Aunque en todo el curso de la vida que entonces alboreaba la adversidad se cebó en Miguel de Cervantes, contemplad hoy aquel andrajo humano en la familia inmortal y medid su estatura junto al bizarro, al simpático, al afortunado, al regio caudillo de Lepanto.

¡Tal es el poder del espíritu! Sólo nuestra pusilanimidad ó nuestra ceguera pueden reconocer á la muerte los prestigios que tiene usurpados.

Honda influencia de Menéndez y Pelayo

A Menéndez y Pelayo aseguran lugar en el cenáculo luminoso, no tan sólo la ordinaria compenetración de las almas humanas, sino también el acierto de no atenerse al rico venero de su personal mentalidad. De los calabozos del olvido rescató las almas excelsas de cuantos durante siglos pasados, en el franco mundo moral, científico ó artístico, menos caduco é inseguro que las dominaciones políticas, habían formado y ennoblecido una patria española, y no las trajo á los dominios de la luz para dejarlas momificadas, decoración erudita de lejanías históricas, sino que les infundió nuevo aliento, y, redivivas, las asoció á su propia labor, á la de los contemporáneos y á la de los venideros.

Ni en la adolescencia ni en la madurez se contagió Menéndez y Pelayo del achaque por cuyo maleficio no pocos ingenios españoles, en vez de considerar desde fuera nuestra innegable decadencia, como transitoria obstinación del flujo y reflujo en que consiste la vida de la Humanidad; en vez de alentarse para apresurar su término, se doblegan y se sumergen en ella con apocamiento

parricida. Estos tales se avienen, Menéndez y Pelayo no, á trocar el patrimonio, que será modesto, pero es solariego y castizo, por una plaza de asilados en construcciones que serán magníficas, pero son exóticas; olvidando que la savia viene de las raíces; que también hay diversidad de vocaciones colectivas de pueblos, razas, y que es indeleble la huella del genio español en la civilización universal.

Por todo esto Menéndez y Pelayo tuvo un vivir actual, inseparable del vivir retrospectivo y del vivir anticipado, hollando las lindes y volcando los hitos del tiempo. Por esto su personalidad es una de las que se convierten en apellidos nobiliarios de las nacionalidades: que en estos panoramas de la Historia acontece, como en los de la Naturaleza, que de ellos retenemos las siluetas de las cumbres.

No ha sido Menéndez y Pelayo una mentalidad solitaria, ignorada de sus contemporáneos para resurgir en remota posteridad. Le tocó vivir en la época de más exaltada, más pujante, más espléndida y más turbulenta espiritualidad que conocieron los siglos.

Cuando las modernas y actuales generaciones sean contempladas á la distancia necesaria para dominar el conjunto, tanto y más que los avances en sorprender los arcanos y sojuzgar las fuerzas de la Naturaleza, causarán asombro los florecimientos de la pura especulación científica, los refinamientos y difusiones de las Artes, y las prácticas consoladoras del amor fraternal, aun contrastadas por odios estúpidos y bárbaros entre los hombres.

En medio de este nunca visto torbellino, abarcando sus dilatados horizontes, advertido de todos sus remolinos, sondando sus profundidades, está erguida con magistral serenidad la figura de Menéndez y Pelayo, ejemplo magnífico de firmeza en sus creencias religiosas y en sus convicciones doctrinales.

Porque así fué y así vivió, presenciamos el arraigo y la fecundidad de su labor. En torno suyo se formó una falange luminosa de investigadores, de pensadores, de combatientes, partícipes ya en nuestra admiración, que aseguran la continuidad de aquella obra gigantesca; obra de suprema generosidad, que consiste en atesorar prodigando, y no codiciar, sino esparcir y diseminar su caudal.

Pureza de los ideales de Menéndez y Pelayo

¡De quien así vivió bien podemos pensar que halló amorosa acogida en el seno de Dios!

¡Dichoso él, que tal cuenta puede dar del caudal abrumador que trajo á este mundo!

Su conciencia ingenua y transparente, cuya serenidad ilumina las páginas de sus libros y los hábitos de su persona, en la hora tremenda de la residencia suprema ha podido decir delante del Altísimo:

«Sólo amé la verdad, y sólo el bien difundí entre los hombres. Nadie, por oneroso trueque con lo que de mí recibiere, sufrió quebranto en la fe religio-

sa, nervio y salud de las almas; á nadie arrebaté el aliento vital de la esperanza; á nadie emponzoñé ni paralicé con angustiosas incertidumbres sobre los finales destinos de la vida humana.»

Antonio Maura.

Un inmortal.—La sombra de Menéndez

¡Extraña impresión! Diríase que con la muerte de Menéndez y Pelayo se han invertido los términos tradicionales del dolor patriótico y que España debe llorar su propia orfandad antes que la pérdida del más preclaro y eminente de sus hijos. Él solo infundía más confianza que una legión de talentos; él fué durante treinta años el custodio y el paladín de la cultura española, el archivo y como la conciencia suprema de la nacionalidad, en el tiempo y en el espacio, á través de todos los siglos y extendida á todos los territorios y latitudes que cayeron un día bajo el cetro de sus reyes ó recibieron la herencia ideal de las razas é idiomas peninsulares. Y esta impresión de desamparo se acentúa todavía más por comparación con el momento en que sobreviene y con los peligros que amenazan la substancia íntima de dicha cultura, combatida ahora por mil vientos de disolución y barbarie.

Con Menéndez y Pelayo se ha extinguido, sin duda, uno de los más espléndidos luminares de la Humanidad. Y yo no sé si es la acción enervadora del hábito ó el estupor que producen mientras duran los prodigios y los espectáculos increíbles; no sé si atribuirlo á innata ceguera ó á fugaz y doloroso deslumbramiento por sobra de intensidad en la llama que brilló hasta hace poco; pero es lo cierto que España no se ha dado cuenta todavía de la magnitud y rareza insólita del fenómeno que presenciaba. Hablando no ha mucho de un gran poeta, recordé, por vía de digresión, el caso de Menéndez y Pelayo como tipo de esos hombres-fuerzas que parecen asumir el vigor y la potencia de tres ó cuatro generaciones juntas y que no valen por un árbol, sino por toda una selva intrincada y bravía. Su trabajo no se regula por la ley común del humano esfuerzo; su capacidad no está sujeta á un límite racional; su producción escapa á todo cálculo del tiempo invertido en ella. Rinden en una noche lo que otros en una vida; y mientras el oscuro peón labra y pule dolorosamente su modesto sillar, esos magos inexplicables levantan en el mundo de la idea templos, palacios, ciudades magníficas y estupendas que parecen requerir el concurso de innumerables cuadrillas de trabajadores y la preparación infusa de varias existencias vividas con anterioridad á la presente.

Acontece que un talento aprovechado y útil, y hasta un hombre de mérito superior, repasan su obra y se consideran satisfechos de ella, juzgando que no

perdieron el tiempo ni fueron estériles para la sociedad; mas vuelven los ojos á una de esas apariciones peregrinas y milenarias, como el polígrafo de Santander, y entonces todo el castillo de la vanidad se les viene encima con estrepitosa irrisión. ¿Qué suponen ni valen sus obrillas endebles, sus triunfos, sus coronas de papel, al lado de esa gloria recia é incommovible, de esa construcción duradera y vasta, de ese alcázar ingente y fabuloso que ha de desafiar las edades y sobre el cual destella un inconfundible resplandor de inmortalidad? Entonces el sentimiento de su pequeñez y miseria ha de ser comparable al que experimentamos á la vista de las maravillas celestes ó de las proporciones y sublimidades del mar; y, á medirse por tal magnitud, acabará el menguado por renunciar á sus engañosas quimeras, escondiendo la humillación en la renuncia y el silencio.

Porque ya es tiempo de recapacitar lo que significó Menéndez en el sentido de potencia mental y en el sentido de realización lograda, como extensión y como contenido. La grandeza de su espíritu, que pudo parecer amenazada un momento de estrechez y limitación, se ensanchó cada día para abarcar como nadie lo había conseguido la enciclopedia literaria y filosófica de los tiempos modernos y la herencia total del pasado en su nación y fuera de ella. El mundo pagano y el mundo cristiano, la Antigüedad y la Edad Media, el Renacimiento y la Reforma, la Enciclopedia y el Romanticismo, todas las figuraciones y épocas del espíritu humano entraron y convivieron en el suyo, no amotinadas y rebeldes, como en un caos de anarquía escéptica, sino enfrenadas y sujetas á la ley de orden, de disciplina y de indefectible y constante criterio. ¿Dónde buscar en todo el siglo XIX una más vasta y luminosa representación de la herencia espiritual del hombre á través de la Historia en los treinta siglos de su actividad conocida? ¿Qué espejo pudo reflejarla más ampliamente entre todos sus contemporáneos, para los cuales fué Menéndez como una vuelta á los grandes humanistas del siglo XVI ó á los formidables compiladores del XIII, que consignaron el tesoro ideal de su época y salvaron los restos y astillas dispersos del mundo antiguo en el primer alborear de la noche bárbara?

Si un total naufragio de la cultura en nuestro planeta hubiese venido á borrar hasta el más leve testimonio de esos treinta siglos de civilización, y no hubiese quedado otro sobreviviente que el portentoso montañés, de su arca hubieran salido también, como de la del monte Ararat, para repoblar el orbe desierto, las especies y simientes desaparecidas en la universal devastación. Su personalidad ha sido, sin disputa, una de las más completas, de las más sólidas y de las más ricas que ha producido la Edad Moderna. De Menéndez, cuando estaba en sus comienzos, pudo decir Leopoldo Alas, con la timidez propia de las anticipaciones: «La erudición y la crítica toman en él *esplendores de genio*.» Este atisbo hace honor á *Clarín*. Sí; Menéndez fué un «genio», en el sentido de la antigua nomenclatura estética, esto es, en oposición á talento, á orden, á método, á regularidad discursiva y lógica.

Y no porque le faltaran estas condiciones ó porque no se las procurase con estudio, sino porque era genio en sí mismo; y lo otro, aun conseguido en grado

eminente, no hizo más que acrecentar su brillantez y su potencia. Realmente hay algo de paradójico en que un *genio* se manifieste por medio de la crítica, que se presume ser todo reflexión y frialdad. Pero si se examina la obra de Menéndez se verá que sus elementos y componentes responden á las condiciones propias del talento: depuración, reserva, probidad expositiva, mientras el efecto general se resuelve en impresión de belleza y entusiasmo. De suerte que la *Historia de las ideas estéticas*, la *Historia de la poesía castellana en la Edad Media* y los *Orígenes de la novela española* pertenecen por muchos conceptos á la investigación y al método científico; pero caen en definitiva más allá de ellos: en la región excelsa del Arte, que en un discurso famoso juzgó inseparablemente unido á la Historia y á toda evocación y resurrección de lo pasado.

De este genio suyo eran dóciles sirvientes su laboriosidad, su erudición, su memoria, su dominio de toda suerte de disciplinas. A la fragua de este entusiasmo patriótico y estético acarreaban toda suerte de materiales, aportaciones, escorias y restos informes; pero el fuego, elevado á las altas temperaturas de la inspiración, derretía y ablandaba los más resistentes despojos, convirtiéndolos en masa fluida y luminosa, en arroyos de claridad y en majestuosa corriente de oro líquido que se desata en los pasajes gloriosos y en los momentos culminantes de la cultura española ó de la civilización universal, como una fiesta que el espíritu humano se da á sí mismo, celebrando sus triunfos y heroicidades.

Por esto entran en la categoría de la belleza y del arte puro libros enteros de Menéndez, como el del romanticismo francés y parte del de Alemania, como tantos soberbios capítulos de la *Historia de la poesía castellana* ó de los *Orígenes de la novela*, como casi todos sus discursos académicos, semblanzas y prólogos. En ellos se manifiesta, por encima de todo, escritor; entiéndase bien, *escritor* inmenso y cálido, elocuente y lleno de una noble majestad, como si en él hablasen, quién sabe si por última vez, los oráculos de su patria, aquella *Hispania major* que no ha podido integrarse en la realidad ni resolver acordadamente la oposición histórica que la tiene tripartida en tres lenguas y tres espíritus, pero que, para enseñanza y remordimiento de todos, vivió en su alma grande y generosa.

Miguel S. Oliver.

Más estoy para llorar que para escribir.

Quien, como yo, pierde en un momento, de una vez y para siempre, un maestro sapientísimo y tan bondadoso como sabio, y un amigo cariñoso y leal, y un consejero prudente y solícito—que todo esto era para mí D. Marcelino Menéndez y Pelayo—, ¿cómo no ha de estar más para llorar que para escri-

bir, aunque temiese que había de sobrevenir en breve plazo este triste acontecimiento, funestísimo para la causa de la cultura nacional?

El insuperado, el insuperable maestro ha muerto como vivió: trabajando. ¡Y qué trabajar tan afanoso en todo el año anterior! ¡Y qué no poder dejarlo, aun viendo cómo progresaba la minadora enfermedad!

Todavía en 7 de mayo último eran eco de las alarmantes noticias que llegaban de Santander estos renglones de una de mis cartas: «Pero aun con toda la expedición que usted tiene para el trabajo, este esfuerzo—aludía al que representa la preparación del tomo I de sus *Obras completas*—ha sido grande y costoso, y no es para repetido. Todos aquí creemos que el quebranto de la salud de usted se debe muy principalmente á esa enormidad de labor. Una cosa vale siempre más que el pan: el horno en que se cuece; mire usted por él; mire usted por sí, que será mirar por todos, y no se apremie ni se deje apremiar por nadie. Y por mucho que en esto otro perdamos, no se encariñe usted con la idea de ir refundiendo con prolijidad lo que tan bien hizo, que más perderíamos si por ese trabajo agobiador perdiésemos á usted. Por ahora, debe usted trabajar poco, ó, dicho mejor, mucho, pero despacio y sin fatigarse.»

¡Veinticuatro horas antes de morir escribía el insigne polígrafo sus últimos renglones para la imprenta! ¡Al pie del cañón muere el buen artillero! ¡Para la cultura general y para el esplendor de la ciencia española ha vivido hasta la hora de morir el maestro Menéndez y Pelayo!

¡Qué hermosa vida, y qué gloriosa muerte!

.....
Juzguen otros de la portentosa labor de Menéndez y Pelayo; que yo ahora, imposibilitado para concertar mis ideas, he de limitarme á relatar algo anecdótico que haga conocer al sabio y al hombre de aquellos que no tuvieron la dicha ni la honra de tratarle.

En España, como en todas partes, no escasean demasiado los sujetos cultos que saben muchas cosas y de muchas cosas, ni tampoco los que conocen bien y profundamente una ciencia ó disciplina en particular; pero en Menéndez y Pelayo, por una prodigiosa disposición de sus facultades, juntábase todo: la extensión y la profundidad del saber; de un saber increíble, inverosímil, presidido y encaminado siempre por un entendimiento tan poderoso, tan eficaz, tan generalmente apto, que lo mismo tenía abarcadora vista de águila para las grandes síntesis, que aguda perspicacia de microscopio para registrar hasta las semínimas los pormenores de la materia objeto de su investigación. Y todo esto servido á maravilla por un auxiliar tan activo como fiel, por una memoria tal, que dudo que haya habido otro mejor en el mundo.

En otra ocasión he referido cómo nos dejaba pasmados el autor de la *Historia de las ideas estéticas en España* cuando por los años de 1892 á 1898 pasaba en Sevilla algunas temporadas, y concurría á la amenísima tertulia literaria del duque de T'Serclaes: «Allí, entre otros, Gómez Imaz, Montoto, Hazañas, Valdenebro, Gestoso, Chaves y los hoy difuntos Torre Salvador (*Microfílo*) y Serrano Sellés, y yo con ellos, pasábamos la velada embebecidos,

escuchando á aquel prodigioso hombre y sin decir más que lo puramente necesario para que el maestro no dejase de maravillarnos con su sabrosísima habla, maná que sabe—*¡que sabía*, hay que decir ya!—, maná que sabía á mil cosas, todas exquisitas. ¿Tocaba Serrano en punto de Medicina clásica? Pues allí era de ver cómo el maestro explanaba aquella materia cual si hablaran por su boca veinte Avicenas y diez *divinos* Vallés. ¿Nombraba D. Luis Montoto á algún poeta de Sevilla obscuro y olvidado? No lo era ni lo estaba para D. Marcelino: antes contaba de pe á pa su vida y milagros, y nos recitaba á la guitarra (como allí dicen) sus mejores composiciones. Una noche asomé yo conversación del Dr. Torres Villarroel, de su *Diálogo* con el ermitaño y de la piedra filosofal, y tomó ese hilo el maestro y nos tuvo boquiabiertos y enhechizados más de una hora hablándonos de alquimia. ¡Claro! ¡Como que él había favorecido al benemérito Luanco dándole á conocer muchos de los viejos escritos que compiló en su libro misceláneo de *La alquimia en España*!»

En una de aquellas temporadas, al salir una mañana de la Biblioteca Colombina, en donde yo le ayudaba á hacer unos cotejos, interroguéle si sería ó no de Barahona de Soto un verso italiano con que termina una de sus sátiras; me preguntó si lo recordaba, y se lo dije:

Ch'io son già rauco e vo posarmi alquanto.

Y respondíome sin vacilar: «Ese es el verso último del canto XIII ó XIV del *Orlando* de Ariosto.» Y era, en efecto, el verso último del XIV. Pues de esta manera siempre: el habla del maestro fué, no sólo una gran biblioteca que siempre tenía á punto, registrado y abierto por la página deseada, el libro que era necesario consultar, sino, además de esto, un comentario concluyente y definitivo de esa página.

Tanto como el sabio valía el hombre. ¿El hombre?... Digo mal: el niño, porque era infantil el candor de Menéndez y Pelayo. Dicen que la ciencia hincha, y suele ser verdad; pero en el maestro padeció excepción este proverbio. Su trato fué llanísimo y por todo extremo agradable: quien una vez conversó con Menéndez y Pelayo quedó prendado de él para toda la vida.

De duelo estamos sus amigos y discípulos, de duelo está España, y de luto la cultura general, que tanto ha debido y debe á este portento de hombre, á este sabio modesto y bondadoso cuya muerte lloramos, y de quien puede compendiarse todo elogio en aquel verso que dice:

Alma gigante y corazón de niño.

Francisco Rodríguez Marín.

De la Real Academia Española.

Era la Patria...

Era la Patria. Mientras él vivía,
por virtud de su numen soberano,
sobre el haz del imperio castellano
la luz del viejo sol no se ponía.

De aquella vencedora Monarquía,
templo que fué del ideal cristiano,
él en su noble, en su robusta mano,
la cruz, el cetro y el blasón tenía.

Pudo España perder cota y acero...
Si queda el corazón firme y entero,
¿qué importa que se quiebre la coraza?

Mas al perder el verbo de su gloria,
quedan mudas las lenguas de la Historia
y en silencio mortal toda la raza.

Ricardo León.



Notas biográficas

Menéndez y Pelayo nació en Santander el año 1856; contaba, por tanto, solamente cincuenta y seis años en el momento de su muerte.

Cursó en el Instituto de aquella capital la segunda enseñanza, y su talento extraordinario, auxiliado por su memoria prodigiosa, fueron desde sus primeros pasos universitarios el asombro de profesores y alumnos, obteniendo por unanimidad el título de bachiller en Artes con premio extraordinario.

Estudió en la Universidad de Barcelona la carrera de Filosofía y Letras, obteniendo también por oposición el título de licenciado.

Era entonces casi un niño. Se trasladó á Madrid para cursar el Doctorado, en el que obtuvo la misma recompensa. Entre los funcionarios de la Biblioteca Nacional y los de las Reales Academias llegó á ser motivo de asombro la laboriosidad de aquel muchacho flaco y recio, de largas piernas y desairados modales, de gesto nervioso y mirada inquieta, que permanecía horas y horas registrando infolios y manuscritos viejos con un ansia devoradora.

La Diputación y el Ayuntamiento de Santander le pensionaron en 1875 para que durante dos años se dedicase exclusivamente á las investigaciones bibliográficas; y al terminar el plazo de esta pensión, el Ministerio de Fomento

le concedió otra más abundante con el mismo fin, en cumplimiento de la cual visitó los principales archivos de España y el Extranjero, principalmente Francia, Portugal, Bélgica é Italia, donde efectuó estudios interesantísimos, consiguiendo descubrir algunas obras de extraordinaria importancia para nuestra historia literaria.

Cuando sólo contaba diez y nueve años concurrió á un concurso de *La Ilustración Española y Americana*, obteniendo los tres premios ofrecidos á los tres mejores artículos.

En aquella época le eran ya familiares el griego y el latín, y podía recitar de memoria en estos idiomas grandes fragmentos de las obras clásicas.

Conocía además á la perfección el francés, el inglés y el alemán, y su traducción de Shakespeare es realmente insuperable.

Por esta misma época dió á conocer su enorme cultura en la polémica literaria que sostuvo con el notable crítico D. Manuel de la Revilla.

En marzo de 1878 quedó vacante la cátedra de Historia crítica de la Literatura española, por muerte de Amador de los Ríos. Menéndez y Pelayo contaba entonces solamente veintiún años, y para que pudiera tomar parte en estas oposiciones se dictó una ley especial reduciendo á ésta la edad necesaria.

Tomaron parte con él en aquella contienda memorable D. José Canalejas y D. Antonio Sánchez Moguel. El mérito de sus contrincantes era grande é indiscutible; pero los ejercicios de Menéndez y Pelayo fueron tan admirablemente profundos y tan asombrosamente eruditos, que el Tribunal hubo de concederle por unanimidad la cátedra.

Un año después los alumnos de la Facultad de Filosofía y Letras representaron bajo su dirección en el teatro Español la comedia de Plauto *Captivi*, de la cual hizo en pocas horas una bellísima traducción, que fué publicada á dos columnas con su original, y puesta á la venta el mismo día de la representación.

A la muerte de D. Juan Eugenio Hartzenbusch fué elegido académico de la Lengua española, tomando posesión del cargo en 6 de marzo de 1881.

Fiesta solemne y de imperecedero recuerdo fué la de la admisión en la docta casa de hombre tan eminente.

Menéndez y Pelayo se presentó en el salón entre los señores marqués de San Gregorio y D. Aureliano Fernández Guerra.

La figura juvenil y nerviosa del nuevo académico, en cuyo rostro apenas sombreaba el bozo, ofrecía un contraste curioso con aquellos venerables señores, encanecidos y caducos en su mayoría.

Era la primera vez que un hombre de veintidós años ocupaba un sillón de aquella vetusta casa.

El tema elegido por el joven académico fué «La poesía mística», asunto en el que puso toda la unción de sus sentimientos católicos y la profundidad de su cultura.

«La poesía mística—dijo—no es sinónimo de poesía cristiana: abarca más

y abarca menos... Porque para llegar á la inspiración mística no basta ser cristiano ni devoto, ni gran teólogo, ni santo, sino que se requiere un estado psicológico especial, una efervescencia de la voluntad y del pensamiento, una contemplación ahincada y honda de las cosas divinas y una metafísica ó filosofía primero, que va por camino diverso, aunque no contrario, al de la teología dogmática.»

«Los conceptos que sirven de esencia y fundamento á la poesía mística son de tan alta naturaleza—agrega—, tan sintéticos y comprensivos, que, en llegando á columbrarlos, entendimiento, fantasía, voluntad, ciencia y arte se confunden en una misma cosa.»

Estudia al heroico cantor del cristianismo Aurelio Prudencio, al soñador y melancólico Salomón-ben-Gabirol, al filósofo médico y astrónomo Abubeker-ben-Tofail, como precursores de la civilización cristiana, que nace en el siglo XIII; á Ramón Lull y Ausías March, como prototipos del misticismo de la Edad Media, que desaparece para dar paso al Renacimiento, «edad dichosa en que el entusiasmo religioso y la inspiración casi divina de los cantores se aunó con la exquisita pureza de la forma, traída en sus alas por los vientos de Italia y de Grecia».

Y termina con un canto á la fe religiosa y un aliento de esperanza para los poetas que remueven las glorias de la clásica poesía mística, «que siempre ha de tener por refugio almas escogidas, aun en este siglo de duda y descreimiento»...

Fué el llamado á contestar á Menéndez y Pelayo el elegantísimo y culto D. Juan Valera con otro discurso digno de su valer y de su fama.

En mayo del mismo año 1881 se celebró en Madrid el centenario de Calderón de la Barca; pero Menéndez y Pelayo se negó á tomar parte en estos trabajos.

Dos años después, en 13 de mayo de 1883, tomó posesión del cargo de miembro numerario de la Academia de la Historia.

El asunto elegido para su discurso fué «La Historia como arte bello», y su trabajo una joya pulida de rico valor.

Menéndez y Pelayo, cuyas doctrinas ortodoxas se habían puesto de manifiesto de tan extraordinaria manera ante la Academia de la Lengua, mostróse en esta ocasión como un espíritu amplio, apreciando en todo su valor los trabajos de lord Macaulay y la época gloriosa de los Niebuhr, los Mommsen, los Curtius, los Grote, los Savigny y los Herculano.

Califica á las crónicas de balbuceo infantil, y afirma que en el hecho historiado lo importante es el temperamento artístico del historiador, que con la pasión única de la verdad dé nueva vida á la realidad histórica.

A este discurso contestó D. Aureliano Fernández Guerra con un elogio cumplido y elocuente del joven y eminentísimo académico.

Posteriormente fué elegido también por las Academias de Ciencias Morales y de Bellas Artes.

Era además vicepresidente de la Junta facultativa de Archivos, Biblio-

tecas y Museos; jefe superior del Cuerpo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos; inspector de publicaciones de la Real Academia Española; director de la Real Academia de la Historia; presidente de la Diputación permanente en Madrid de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, y director de la Junta de Bibliotecas Populares.

Poseía, entre otras condecoraciones, la gran cruz de Alfonso XII, que le fué concedida en 6 de junio de 1902.

Menéndez y Pelayo era de ideas religiosas muy acendradas.

Su filosofía era vivista, entendiendo que nuestro gran maestro había armonizado á Aristóteles y Platón, estudiando en sus fuentes á San Agustín y Santo Tomás, añadiendo el elemento crítico á este conjunto y completándolo todo con el sello del Renacimiento español.

Fué templado en sus conceptos y respetó siempre la opinión ajena; pero no ocultó jamás la propia.

Se cuenta de él que defendió la expulsión de los judíos en casa de un opulento banquero israelita y que ensalzó la Inquisición en un Círculo liberal.

Murió querido y admirado por todos.

Su pérdida es de duelo para España y para el mundo.

Sus obras más importantes son las siguientes:

Escritores montañeses, Trueba y Cossío, Estudios poéticos, Arnaldo de Vilanova, Historia de los heterodoxos españoles, Calderón y su teatro, Historia de las ideas estéticas en España, Horacio en España, La ciencia española, Antología de poetas americanos, Antología de poetas líricos españoles, Historia de la novela, en la Nueva Biblioteca de Autores Españoles.

A estos títulos hay que añadir los discursos de recepción en las Academias, las contestaciones en muchos actos de igual índole, numerosas monografías y un discurso pronunciado al inaugurarse el curso en la Universidad Central en 1884.

Han aparecido también muchos trabajos sueltos suyos en distintas revistas y publicaciones.

Una colección completa de las obras de Menéndez y Pelayo ha comenzado á publicarse en Madrid por una importante casa editorial.

De ella van publicados hasta ahora el volumen primero de los *Heterodoxos*, muy adicionado, y la *Historia de la poesía española en América*.

ORGULLO DE RAZA

(HISTORIA QUE PARECE CUENTO)

En la intimidad de su trato es la Historia amable viejecita que entretiene á sus nietos, y á la vez les educa y les instruye, sacando á relucir memorias olvidadas en el desván de los siglos. Rota, y esparcidos los trozos por mil partes en cartapacios y mamotretos, guardaba esta memoria de un gran duque que apenas dejó de sí en el mundo más que largo recuerdo de vanidades.

Entre los clarísimos varones que cuenta la linajuda casa de Mendoza, famosos capitanes, poetas, cronistas, embajadores y prelados, honor y prez de la Iglesia, de las Armas y de las Letras, aparece aislado en su magnífica insignificancia D. Diego Hurtado de Mendoza, tercer duque del Infantazgo, cuarto marqués de Santillana, conde del Real de Manzanares y de Saldaña, señor de las villas de Hita y Buitrago y de los valles y casa de la Vega y Mendoza.

Todos estos títulos, evocadores de hazañas y excelsitudes, recayeron en el vástago de tal estirpe y de árbol tan robusto, que, cobijado á su sombra, no supo sino gozarla y recrearse orgulloso con ella, como si él mismo fuese quien la proyectaba.

Lo que á sus progenitores sirvió de emulación y estímulo para acrecentar los timbres de linaje, sirvió á D. Diego tan sólo para desvanecerle con el heredado blasón. Mas si los esplendores de éste iluminaban su persona, y empleó la vida en mantenerlos para un culto puramente egolátrico, hacían, sin duda, más visible su presunción estéril.

Casi ninguno de los coetáneos que le nombran pasa sin hacer alusión á aquélla; porque la presunción fué nota distintiva del carácter de D. Diego.

Fuertes ligaduras con que le ató la vanidad fueron también las fabulosas riquezas de su casa.

Cincuenta mil ducados de renta que tenía no le bastaban para sufragar los gastos de su vivir ostentoso, la mayor parte del tiempo en ese palacio ducal de Guadalajara que maravilló á Andrés Navajero, el sibarita embajador de la señoría de Venecia.

Mantenía una hueste de doscientos peones alabarderos, con su atambor, que eran la guardia personal del duque, y otras muchas gentes de armas. Veinte gentilhombres, á los que daba quince mil maravedies de quitación y cuadra para el caballo, le seguían á todas partes y estábanse continuamente en la sala de día y de noche, hasta que el duque se retiraba á dormir. Grandes aparadores de suntuosas vajillas de oro y plata eran los suyos; tenía la recámara abundante de preciosas joyas y tapices; en su capilla, excelentes cantores y músicos; su caballeriza era tal, que ningún otro señor le igualaba en caballos y arneses; sus halconeros y monteros cuidaban los mejores gerifaltes,

halcones, sacres, nablíes, lebreles y sabuesos; cautivos en los deleitosos jardines del palacio, leones, tigres, onzas y otros fieros animales de remotos climas loaban con salvajes bramidos la magnificencia del señor.

Desde fines del año 1511, en que murió su primera esposa, D.^a María Pimentel, hija del cuarto duque de Benavente, vivió el duque D. Diego retraído en sus estados, sin ir á la corte más que en ocasiones muy solemnes, y con todo el atruendo que cuadraba á su persona y jerarquía.

A nadie como á él pudo aplicarse mejor lo que Isabel de Portugal, la Emperatriz, dijo del duque de Nájera, viéndole entrar por Toledo con gran compañía de caballeros en su casa y ostentación de ricas libreas y reposteros: «Más que á vernos, á que le veamos viene el duque.»

Recién llegado por primera vez á España Carlos V, fué á Valladolid don Diego Hurtado de Mendoza para besar la mano al Rey, ya que desde Aguilar de Campóo le había enviado éste una carta anunciándole que pasaba á dicha ciudad y expresándole deseos de conocerle. Su aparición en la corte fué registrada por aquel gracioso truhán que se llamó D. Francesillo de Zúñiga como un desbordamiento de vanidad, reflejada hasta en el séquito del duque: «Y después vino el duque del Infantazgo con setecientos asturianos, vasallos suyos, los cuales iban en piernas haciendo penitencia por Bellido Dolfos, el que mató al Rey D. Sancho á traición sobre Zamora, con otra mucha caballería de su casa, los cuales contaban todo el tiempo que en la corte estuvieron la renta que el duque tenía, y cómo el conde de Saldaña, su hijo, era buen caballero de la brida, y cómo Guadalajara era el lugar más costoso del Reino.»

Por entonces hubo de ocurrir el encuentro preciosísimo que D. Luis Zapata anotó en *Miscelánea extravagante*. Bajaban la escalera de la Casa Real unos grandes de Castilla, entre ellos el duque del Infantazgo, al punto que subía Guillermo de Croy, señor de Chielres, ó sea *mosiur de Xevres*, como le llamaban aquí. En una de las mesetas toparon con la corpulenta figura del antiguo ayo del Rey, su camarero mayor entonces, dueño de su voluntad y amo verdadero de España; hiciéronse algo atrás para dejarle paso, menos el duque D. Diego, que se disponía á seguir en línea recta. Todo fué obra de un instante: la dulzona y sagaz mirada de Xevres, acompañada de una sonrisa, detuvo al duque, y adelantándose á éste el gran privado, quiso ganarse por la cortesía al rebelde, y le saludó con mucha reverencia y cordialidad: «Suplico á vuestra señoría me dé las manos...»

¡Nunca hubiera hecho tal el poderoso descendiente de los antiguos soberanos de Hungría! Tan afectuoso como él D. Diego, pero afirmándose en su orgullo vano, acudió solícito con el ademán y las palabras: «¡Oh señor Xevres! Levantaos, téngooslo en merced, que yo haré por vos y os favoreceré en cuanto mandardes.»

Mas no era cosa extraña que ofreciese protección á los privados de los reyes quien, puesto en el trono de su necia fatuidad, se ofreció al homenaje de un rey vencido: Francisco I de Francia.

Desde que desembarcó en Valencia el prisionero de Pavía hasta que llegó á

Madrid bajo la custodia del Sr. Hernando de Alarcón, en todas partes fué agasajado con la esplendidez y los respetos debidos á la majestad y al infortunio. Hasta el Emperador victorioso, olvidando rencores, tuvo al fin la hidalguía de ir á visitarle, gorra en mano, á su prisión, para ofrecerle en ella consuelos.

Una de las mansiones del itinerario de Francisco I fué Guadalajara. El duque del Infantazgo, que iba á ser su huésped, «se hizo malo de gota, de fantasía, por no salir á recibirle, y porque el Rey le viniese, como vino, á le visitar», dice un comentarista de la vanidad del duque. Mandó de embajador á su hijo, el conde de Saldaña, que con sus parientes y otros caballeros, en cabalgata muy lucida, fué á la espera junto á la ermita del Mamparo.

Cuando llegó á la ermita el Rey tomóle la guardia del duque, compuesta de ciento veinte alabarderos, y le dejó la del Sr. Alarcón, siguiendo toda la comitiva en marcha hasta el palacio.

Descabalgó á la puerta de éste el Rey de Francia á boca de noche. Alumbraba el patio multitud de antorchas sostenidas por lacayos puestos en doble hilera, y las bandas de trompeteros y ministrales rompieron en acordados sonos. Cuatro pajes con libreas de brocado riquísimo habían conducido allí á D. Diego en una silla de manos; sin levantarse de ella recibió al Rey de Francia, el cual se acercó á saludarle muy cortés, quitándose el sombrero. Entonces uno de los pajes del duque quitó la gorra á éste, pues la gota «de fantasía» no le permitió dar pie ni mano en tan solemne ceremonia, permaneciendo inmóvil en su palanquín.

Aparte de esto, ¡cheche usted rumbo y fastuosidad durante los tres días que el Rey permaneció en Guadalajara! Lujo verdaderamente oriental en los aposentos y en la mesa; danzas y saraos brillantes; torneos, juegos de cañas y otros regocijos, entre los cuales fué muy singular la lucha de un león y un toro; regalos espléndidos de joyas, tapices, aves de caza, mulas y caballos con jaeces de oro y pedrería; gruesas cadenas de oro á los criados... Nada omitió el duque para que el Rey dijese, como dijo, que la mayor grandeza del Emperador en España era tener vasallo tal como el duque del Infantazgo. ¡Aquella mano avara para despojarse, con la gorra, de los fueros de la vanidad había de ser la que liberal y pródiga se abriese para satisfacer y consagrar el propio orgullo!

Si no temiese enojar al lector, aún contaría la sorprendente aventura que pasó á Carlos V en Buitrago una vez que, yendo de camino, hubo de pernoctar en la casa del duque, y apareció ésta como por ensalmo alhajada soberbiamente y convertida en palacio de *Las mil y una noches*; recordaría las maliciosas pláticas que tuvo á la sazón con Carlos V acerca de la presunción del magnate, ya famosa, un casquileve y nobilísimo caballero desbaratado, don Alonso Enríquez de Guzmán, no de menos humos, aunque sin blanca, y cómo el Emperador, chancero á veces, á pesar de sus melancolías, puso en relación á D. Alfonso Enríquez y á D. Diego Hurtado de Mendoza, que era arrimar un gallo á otro para verlos picotearse en las crestas... ¡Sería el cuento de nunca acabar éste de las vanidades de D. Diego!

No le faltaron condiciones para haber sido un gran duque; pero le esclavizó la soberbia, y todas sus facultades fueron víctimas sacrificadas en el altar del ídolo que se alzaba en su propio corazón.

Aquel linajudo endiosamiento tuvo, sin embargo, un eclipse: suave luz de humanidad envolvió entonces la vida de D. Diego. Contaba éste sesenta años, y el amor, loquillo y travieso, vino á jugar una mala pasada á su vanidad. Entrósele muy humilde por las puertas del palacio, llevando consigo á la Maldonadica, una muchacha de gracioso gesto que cantaba como la sirena, acompañándose con uno de aquellos órganos portátiles llamados de regalía.

En las noches de invierno, bajo el artesón de oro de la sala de linajes, la encantadora mozueta, hija de un criado de la casa, distraería los ocios del señor con la tonadilla en boga:

So los álamos vengo, madre,

ó cantando quizás la serranilla del primer marqués de Santillana, antecesor del duque:

Cuidé que olvidado
amor me tenía,
como quien se había
gran tiempo olvidado
de tales dolores...

Lo cierto es que la música dulce, embelesadora, atrayente, de la Maldonadica paró en dúo amoroso, y que el duque concluyó diciendo, con la serranilla del marqués:

Señora, pastor
seré si queredes;
mandarme podedes
como á servidor.

A los ojos del altivo prócer puesto en aquel trance, no dejarían de murmurar entre sí maliciosamente sobre el caso los progenitores de la casa de Mendoza que aparecen tallados de bulto y afrontados por parejas en el artesón de la famosa sala; mas, á pesar suyo, venció el amor á la vanidad, y D.^a María Maldonado, la Maldonadica, llegó á ser duquesa del Infantazgo.

¿Pero se curó D. Diego de su orgullo gentilicio? ¡Eso, jamás! Según envejecía el duque, su orgullo iba arranciándose como vino añejo en tonel.

Se curvó su cuerpo, gravitando hacia la madre tierra; perdieron luz sus ojos, abismados en el crepúsculo de la vida; fallecióronle las fuerzas para andar y moverse, anuncio del eterno reposo, y aún aquel vaso medio corrompido rezumaba presunción y engraimiento.

Setenta años tenía cuando, enfermo de su última dolencia, vió aproximarse la hora en que las riquezas, los honores y las glorias humanas se convierten en humo.

Temeroso de la muerte, pero sin abandonar la esperanza de vivir, ordenó su testamento, que aparece fechado en 1531, por el mes de agosto.

Dentro del palacio ducal todo eran lágrimas..., hablar callandito..., andar de puntillas..., media luz en los salones..., ambiente de tristeza y misterio.

Fuera de allí..., ¡qué desengaño para el duque!; si por las mientes de alguien pasaba la idea de que el duque se moría, era pensando en la pompa de su entierro. La Naturaleza, en pleno verano, reía con exuberancia vital, llena de luz, y los vecinos de Guadalajara, después de sus habituales ocupaciones, se solazaban en las huertas, como de costumbre, ó se entregaban á otra suerte de regocijos y expansiones.

Era de ver, á la caída de la tarde, la muchedumbre que se reunía en las afueras de la población para observar en el cielo un cometa de núcleo brillante y tres colas anchas como la palma de la mano y largas como una lanza, que venía apareciéndose hacia la parte de Oriente. Los labradores alcarreños mirábanle con temor supersticioso, creyéndole precursor de hambres y de peste; viejos soldados de Italia predijeron guerras, y todos convenían en el presagio de una gran calamidad.

Era el mismo cometa de Halley, que, precedido de anuncios terribles, apareció en 1910 y durante algunos días fijó en sí la atención del mundo entero.

La noticia del fenómeno celeste y los comentarios que acerca de él se hacían llegaron á la cámara del duque. Escuchó éste la relación con los hundidos ojos muy abiertos y extremadamente preocupado. Después, arrastrando por la cama el enflaquecido cuerpo, con asombro de los que allí estaban, logró incorporarse hasta ponerse de rodillas ante un Ecce-Homo que tenía colgado en la pared sobre la cabecera, y, juntas las manos en actitud suplicante, exclamó con voz llorosa y débil: «Señor y Dios mío, no creo que mostráis vos señales en el cielo para un tan gran pecador como yo; si me llamáis con este cometa, aquí estoy; haced de mí según vuestra voluntad. No miréis la gravedad de mis culpas, sino la grandeza de vuestra divina misericordia.»

¿Era posible que D. Diego no creyese á pie juntillas que el cometa venía por él? Si dudaba, era sólo para dejar un resquicio á la esperanza de vivir.

Juan Menéndez Pidal.

SIEMPREVIVA

(CUENTO)

I

Tenía los mejores caballos en Dérez, la mejor casa en la calle principal, los carruajes más caros, los criados más compuestos y señoriales, los trajes más vistosos y elegantes, las más costosas joyas. *Siempreviva* era en Dérez la soberana del pueblo; una diosa alrededor de la cual había siempre una corte de aduladores. Era bonita y muy joven: diez y ocho años; todo el pueblo sabía su historia.

Hija de unos pobres labradores, había pasado su niñez en un cortijo del barón de Lalín, varias veces millonario, y viejo verde de los más empedernidos. De mozueta pusieronla *Siempreviva*, por su predilección por esas flores, que siempre llevaba sobre la burda toquilla que cruzaba su pecho. Murieron sus padres, quedó sola en el mundo, encargóse de ella el barón de Lalín..., y cuando tuvo diez y seis años era ya la cortesana favorita de su harén.

Dióse tal maña *Siempreviva*, que logró del barón le pusiese en Dérez una gran casa, coches y criados, que la comprara valiosas joyas, que la rodeara de un fausto loco... Y desde entonces *Siempreviva* vivió como la mayor parte de los ricos de nuestros días: sacrificando el honor por el crédito...

Cuando *Siempreviva* paseó en sus coches las calles de Dérez llena de joyas, nadie dijo: «¡Qué desgracia la de ésa!», sino: «¡Qué suerte la de *Siempreviva*!»; cuando vivió en el mejor edificio del pueblo, nadie tampoco se acordó de su deshonor sino para alabar su astucia. No se la compadecía; se la envidiaba. Hemos llegado á un grado tan enorme de depravación, que el «tanto tengo» todo lo justifica. Ni el honor, ni los sentimientos, ni el talento valen hoy nada. La riqueza ya no va teniendo más que una forma: el oro. Un sabio pobre excita hoy á la risa; en cambio, un bruto enriquecido nos impone respeto...

Siempreviva llegó á ser, aun sabiendo todo Dérez su deshonor, el modelo de las mujeres prácticas, de su casa, que saben vivir según los usos de hoy; hablando de ella todo el mundo dispensaba su falta, procurando no nombrar nunca su deshonor, defendiéndola si venía á mano, y hasta poniéndola por modelo de virtudes; su crédito era enorme; su reputación, digna de la más casta doncella. Bastaba que *Siempreviva* anunciara su concurrencia á un salón para que lo mejor de Dérez asistiese á la fiesta. Era, en fin, este caso uno de esos á que llamamos en nuestros días *lo natural*, porque en ellos se juega mucho oro...

II

Un día llegó á Dérez un viajante de comercio, y visitó el palacio de *Siempreviva*. La muchacha prendóse de él, y poco á poco fué haciéndole objeto de preferencias, de atenciones, hasta llegar con él á un acuerdo amoroso...

Pero lo raro del caso es que *Siempreviva* no sintió por Anselmo (éste era

el nombre del viajante) un amor grosero y pacato, sino un amor puro, un amor ideal. Sin duda, cansado su ánimo de aquella vida estéril con el viejo lascivo, se entregaba ahora en brazos del amor platónico, sentía la necesidad de poseer un hogar tranquilo, un hombre amado junto á ella, un esposo amante que le diera hijos puros y sanos, hijos de un amor casto y noble...

Siempreviva rehusó al principio acompañar al barón, como antes hacía; luego dió en la flor de entregarse á profundas meditaciones.

El barón, alarmado por estos extraños síntomas, observó á *Siempreviva*, y la sorprendió al fin platicando de amores con Anselmo. La misma *Siempreviva* había preparado aquella emboscada, cuyo resultado fué el que ella apetecía: al día siguiente, con el traje más modesto de su ropero, sin llevar una joya sobre sí, salió *Siempreviva* para siempre del palacio del prócer. La muchacha marchó á casa de una tía lejana cuya é hizo el propósito de dejar caer sobre su pasado, obscurecido por su mancha, la luz radiante de un amor puro, de un amor santificador. Sí; amaba á Anselmo, no con amor lascivo, sino con amor espiritual; sentía necesidad de reclinar su cabeza en un pecho noble, en un hombre amado, sobre un corazón que la quisiera. ¡Qué contento el del pueblo cuando supiera que *Siempreviva* se había convertido! ¿Adónde llegaría su crédito y su fama ahora, libre del manchón de su deshonra? Asustaba pensarlo.

III

Se supo en el pueblo la noticia, y todo el mundo la visitó. Iban, ante todo, á conocer *ce por be* lo ocurrido.

Siempreviva habló claro á todo el mundo.

Amaba á un hombre; pensaba unirse á él ante Dios; aspiraba á fundar un hogar honesto, lleno de virtudes... ¿Qué más natural que separarse de aquel viejo lascivo, cuya vida era para ella una continua degradación?

La oyeron, y, contra lo que esperó *Siempreviva*, nadie aplaudió su sensata conducta. Nadie la dijo: «Nunca es tarde para arrepentirnos de nuestros errores», sino que todos la dijeron: «¡Hace usted mal en abandonar al barón!»; no escuchó frases de aprobación, sino de reproche. En vez de encontrar en los rostros de sus visitantes gestos de aliento y de confianza, los vió hoscos, mirándola con ojos compasivos...

Pasaba el tiempo, y *Siempreviva* iba sintiéndose cada vez más sola. Ya no la visitaban, como antes, las familias principales del lugar; ya no se la invitaba á las fiestas, ni se celebraban sus frases, ni tenía á su alrededor una corte de aduladores. Antes era una prostituta, y tenía un envidiable crédito; ahora era una mujer arrepentida, y lo había perdido. No era el bien, ni el amor, ni el altruismo lo que premiaban los hombres: era únicamente la posesión. No había, pues, que decir en sociedad: «Soy bueno, soy virtuoso, soy sabio», sino «Soy rico»...

Siempreviva lo comprendió así, y volvió á vivir con el barón...

PSALMOS

A través de las calles las sombras del crepúsculo me han sorprendido, entre un olor de lilas y de fresas, inquieto y perplejo como siempre, tras de la quimera primitiva.

Era la hora en que los bebedores reposan á la puerta de las tabernas y en que los enamorados cruzan la ciudad con pies tranquilos, y en esta hora mi corazón estaba inquieto como el de un adolescente que no ha encontrado todavía su amor ni su destino.

Se exhalaba de mi corazón una ternura mayor que la que infunde el olor de la acacia, y embriagado por esta ternura, dije á mi corazón:

¡Oh corazón, qué prodigioso eres! Tú eres verdaderamente el único que nunca tiene nada hecho y que en cada primavera empieza su juventud.

En esta hora tranquila á ti nadie te espera, y tus pies giran inquietos ante los que reposan y ante los que se aguardan.

Tú eres el siempre joven, siempre ardiente, el siempre impaciente y anhelante; para ti no hay nada definitivo ni absoluto.

Tú eres aquel cuyos ojos dilatados recuerdan siempre los de un niño que se ha perdido, y cuyo rostro descolorido tiene la palidez de las vírgenes.

Tú eres aquel que á través de las calles marcha siempre con la indecisión de un extranjero; tu alma inquieta tiene siempre la frescura de un navío recién pintado.

Tú eres aquel que nunca ha hecho un nudo en su pañuelo; á cuyo lado pasan las mujeres y los hombres como junto á un obelisco en una plaza.

Tú eres aquel bajo cuya ardiente mirada se hacen pesadas las doncellas, y los hombres maduran como frutos, y los años pasan ligeros sin tocarle.

A tu lado se cumplen los destinos, y los corazones se hacen áridos como la espiga que no se soterra; pero en ti, ¡oh corazón!, hay siempre la frescura de las naranjas.

Tú eres, ¡oh corazón!, quien siempre aguarda y quien siempre vigila; tu profundidad es rica como la de un navío.

Tu voz es siempre trémula y tus pies siempre ágiles, y tu vida tiene siempre el encanto de la estancia en que se duerme por primera vez.

Aunque tus cabellos se hagan blancos, ¡oh corazón!, tú serás siempre como un niño y mostrarás una cintura estrecha como las muchachas que no se desposaron.

Aunque los años encorven tus hombros, tú tendrás siempre frescas las mejillas y conservarás siempre frente á las cosas nuevas la mirada ávida de adolescente.

¡Oh corazón! Tú eres el insaciado, el nunca pleno; y aunque tu vida consuma el huso más pesado, serás siempre ligero como un ovillo.

Frente á la muerte, por lenta que sea en venir, tendrás siempre el gesto de los que mueren prematuramente; y las mujeres que no amaste y las cosas que no hiciste podrán llorarte como á un malogrado.

EL AMADO

I

¡Callad, no hagáis rüido,
contened el aliento,
que un aroma ha cruzado por el viento
y un espasmo la tierra ha sacudido!
Con profundo estupor se han conmovido
los senos de la gran Naturaleza;
un albor de belleza
los aires ha surcado;
las arpas de los vientos han vibrado,
las músicas del mar han respondido.
¡Callad, no hagáis rüido!...
¡Es que pasa el Amado!

II

No borréis del arena sus pisadas,
que sus plantas sagradas
hacen al cielo florecer estrellas,
y las gentes que besen en sus huellas
sanas serán y bienaventuradas.
Solo va par del rayo matutino,
que resbala callado por las frondas
donde el ave saluda al sol vecino;
anda del mar sobre las crespas ondas,
y el mar le abre camino;
todo se allana ante su pie divino,
bríndale el viento sus ingentes alas,
y los rayos del sol tejen escalas
para que suba á su Mansión eterna.
¡Callad, callad; el viento se prosterna
y el sol su faz de llamas ha velado!...
¡Es que pasa el Amado!

III

Muda la tierra está, solemne y muda;
todo en quietud y en estupor que aterra;

sin sus tocas de nieve el altá sierra,
secos en sus vertientes los raudales,
las fuentes sin cristales,
la roca de sus líquenes desnuda,
el aire sin fragancia y sin rumores,
sin su verdor el prado,
sin pájaros, sin brisas y sin flores,
callada la Creación y como viuda.
¿Adónde está el Amado?
¿Adónde está el Esposo, adónde, adónde,
que por todas las sendas le he buscado
y con todas las voces le he llamado,
y sólo el eco de mi voz responde?

IV

Claror de amanecer baña el Oriente,
frescor de rosa la Creación espira,
canta el aire en redor como una lira,
y enjuvenece todo lo creado.
¡Callad, callad, callad! ¡Vuelve el Amado,
y al par de la del sol arde su frente!
Su túnica esplendente
como la nieve con el sol deslumbra;
su verbo augusto alumbra,
como llama de amor, de gente en gente.

Pero hoy sus claros ojos son espadas;
me hieren sus destellos,
me ofusca el ascua viva de su rostro.
Decidle que de amor suspiro y ardo,
que hoy el fulgor de su mirar no arrostro,
que son candentes hierros sus miradas.
¡Decidle que ha mil vidas que le aguardo!
¡Dadme ungüento suavisimo de nardo,
que lo quiero volcar en sus pies bellos
y enjugarlos después con mis cabellos!
¡Dadme ungüento de nardo!

Blanca de los Ríos de Lampérez.

INFORMACIONES

Actualidad

Bibliografía hispanoamericana

Estimulado por la bondadosa atención con que el ilustre ministro de Instrucción pública, Sr. Alba, se dignó acoger mi anterior artículo, publicado en estas mismas columnas, sobre los Archivos de Protocolos, voy á permitirme darle cuenta de otro asunto, lamentablemente en suspenso, que considero también de la mayor importancia, y cuya inmediata realización sería un paso firme y definitivo en provecho de nuestro prestigio y nuestro influjo intelectual en América.

Por iniciativa de los Sres. D. Leonardo Torres y Quevedo, delegado oficial de España al Congreso Científico Internacional Americano; el presidente del Congreso, D. Luis A. Huergo, y el presidente de la Comisión de propaganda del mismo, D. Santiago E. Barabino, se celebró en la Sociedad Científica Argentina el 15 de julio de 1910 una reunión á la que fueron invitados los señores delegados de las Repúblicas hispanoamericanas y la Comisión directiva del Congreso.

El objeto de la reunión, á la que asistieron los delegados de España y de todas las Repúblicas hispanoamericanas, era el deseo de trabajar juntos en beneficio de la lengua castellana.

Los iniciadores dijeron:

«El idioma es el vínculo que nos une; por él somos y seguiremos siendo hermanos á través de las vicisitudes de la Historia y será necesariamente más íntima nuestra colaboración intelectual; formamos una comunión espiritual, y el éxito ó el fracaso de cualquier libro escrito en castellano á todos por igual nos interesa.

»Recordaremos—porque de aquí arranca nuestro atraso actual—que durante largo período hemos tenido casi completamente abandonado el estudio de las ciencias, y que posteriormente, durante la mayor parte del último siglo, nos hemos limitado á estudiar en libros extranjeros, principalmente franceses.

»Por ahí era necesario ciertamente empezar para salir de nuestro letargo; pero nos habituamos demasiado á ese fácil papel de alumnos; creyeron muchas gentes que para ser hombres de ciencia entre nosotros bastaba conocer las producciones y los trabajos de los hombres de ciencia extranjeros. Y así nos acostumbramos á tomar á éstos en todo caso por maestros indiscutibles, á leer sus libros y acatar sus fallos, á menospreciar y desdeñar *à priori* los libros escritos en castellano, sin pensar que, á la postre, la labor de cada uno se medirá por lo que él produjo, y no por lo que aprendió de los demás, sin mi-

rar que en esto, como en todo, el país que no produce ha de ir necesariamente á la zaga de los otros.

»Mucho ha cambiado, afortunadamente, durante los últimos años la situación, tanto en España como en las Repúblicas hispanoamericanas. Algunos pocos sabios de fama universal y otros muchos trabajadores entusiastas y laboriosos aportan trabajos originales, contribuyendo eficazmente al progreso del saber humano, y han logrado restablecer un tanto nuestro decaído prestigio.

»Pero, así y todo, aún somos tributarios de los extranjeros; aún se requiere su estampilla para sancionar definitivamente nuestros trabajos; aún necesitan éstos ser traducidos á alguna otra lengua, si han de circular por todo el mundo; aún necesitamos, cuando hemos de acudir á un Congreso en el Extranjero, hablar en francés, inglés ó alemán: el italiano se admite con alguna frecuencia; el español, casi nunca.

»Es necesario trabajar con ahinco para emanciparnos completamente. Hemos de conquistar para nuestra lengua el lugar que le corresponde en el concierto de los pueblos cultos; hemos de conseguir que los setenta millones que hablan castellano no estén por este solo hecho en situación de inferioridad con relación á los que hablan otras lenguas europeas: ninguna obra más patriótica, ninguna más fructífera podría acometer la gran familia hispanoamericana; es éste el camino más rápido para llegar al pleno desarrollo de nuestra cultura.»

Y á continuación formularon las bases de un organismo llamado Unión Internacional Hispanoamericana de Bibliografía, proponiendo á la asamblea que invitase á todos los Gobiernos de los países de habla española á concertarse para la creación y constitución de dicho Centro.

El proyecto fué considerado de tal importancia, que en atención á ello y á la posibilidad inmediata de su realización, fué el único excluido de la medida general, por ser tantas las proposiciones, de votarlas en conjunto, sin proceder á su lectura, y el único que luego se reprodujo íntegro en las conclusiones del Congreso.

Bueno será anotar que, además de España y las Repúblicas hispanoamericanas, hallábanse oficialmente representados en aquel Congreso de Buenos Aires los Estados Unidos y el Japón, Francia, Italia, Alemania, Inglaterra, Bélgica, Dinamarca y Rusia; Universidades como las de París, Roma, Chicago, Burdeos, Parma, Chile, Montevideo, etc.; Academias, Ateneos, Institutos y, en fin, las Sociedades históricas, literarias y científicas más importantes del mundo, haciendo un brillante total de 2.000 miembros.

¿Qué otro honor se hizo todavía al proyecto? Uno de mucha significación: el acuerdo de que el Centro del futuro organismo radicase en Madrid, como capital del mundo hispanoamericano.

En su consecuencia, nuestro entonces ministro en Buenos Aires, señor conde de Cadagua, dió noticia oficial al Gobierno de esas resoluciones del Congreso Científico. Su comunicación vino á manos del Sr. Spottorno, que informó con toda rapidez y con la mejor voluntad. En el Ministerio de Estado creyeron

necesario, teniendo en cuenta que el Ministerio de Instrucción pública parecía el llamado á sufragar los gastos que ocasionase el proyecto, enviarlo en seguida á dicho departamento ministerial, á fin de conocer su opinión respecto á la parte económica.

El ministro de Instrucción pública lo envió á informe de la Junta de Archivos y Bibliotecas, la cual informó favorablemente, con lo que volvieron al Ministerio de Estado los papeles, y el verano pasado se cursó una nota circular á los Gobiernos interesados, á fin de entablar negociaciones acerca del asunto.

Lo que falta por hacer es, pues, muy poco; pero lo bastante para inutilizar las gestiones hechas si no se concluyen debidamente en breve plazo.

Sólo hasta hoy los editores extranjeros se han dado cuenta de lo mucho que significa el gran mercado de libros españoles, y no lo han monopolizado, por cierto, con nuestras obras maestras, con nuestros libros clásicos, sino con libros cualesquiera que desacreditan nuestra cultura.

La proyectada Unión Internacional Hispanoamericana de Bibliografía es la llamada á terminar con obra tan perniciosa.

De esperar es que el Sr. Alba, al constituir en Madrid el Centro de Bibliografía, que, como ideado en un Congreso Científico, parecía solicitarse circunscrito á los libros de ciencia, lo amplíe con las correspondientes Secciones de Literatura y Arte, en lo cual, según tengo noticia, están conformes los ilustres iniciadores.

Mariano Miguel de Val.



Financiera

Exportación de frutas y legumbres del norte de España al sur de Inglaterra

El grande interés que nos despierta este asunto por la importancia que tiene la extensión de nuestros mercados para el mayor crecimiento y desarrollo de nuestra industria agrícola, nos mueve á reproducir íntegro el valioso informe del cónsul de España en Southampton, D. Luis Calderón, cuyos datos y cifras son de la mayor elocuencia y deben ser conocidos por nuestros agricultores:

«En diferentes ocasiones se ha ocupado este Consulado de la conveniencia del establecimiento de una línea directa de vapores para el transporte de frutas desde un puerto español del Cantábrico á este de Southampton, que dista

setenta y ocho millas de Londres, y con cuya ciudad está unido por un buen y rápido servicio de trenes, tanto de pasajeros como de mercancías.

»Una vez más creo es mi deber insistir sobre este punto, y para ello he creído oportuno reunir algunos datos para facilitar (en lo posible y dentro de mis escasos medios y conocimientos en la materia) los estudios y cálculos, tanto de los navieros como de los productores y exportadores que quieran ocuparse de esta cuestión.

»El establecimiento de esta línea desde un puerto del Cantábrico, que podría ser Bilbao, y quizás aún mejor Pasajes, tendría por objeto crear una corriente de exportación para las frutas del alto Aragón, que, según me han manifestado algunos productores, suelen á veces pudrirse en los árboles ó emplearse para la alimentación del ganado. Y lo mismo se puede decir respecto á la producción de legumbres, no sólo de Aragón, sino de todo el norte de España.

»El abrir una puerta de salida en condiciones ventajosas á estos productos traería consigo, no sólo grandes beneficios en lo que hoy se cosecha, sino que también se extenderían y perfeccionarían los medios de cultivo de toda una región productora de frutas cuya calidad no es necesario encomiar entre los españoles, pero que, desgraciadamente, es casi desconocida fuera de nuestra patria.

»Para llevar á cabo este proyecto de exportación consideramos oportuno, ó más bien de absoluta necesidad si se quiere partir de una base sólida, la formación de un Sindicato, pues la iniciativa particular de cada exportador troppezaría con obstáculos difíciles de salvar al tratarse de una empresa de importancia, que, personificada en un Sindicato, hallaría el camino más fácil, consiguiendo al propio tiempo unidad y organización, y, por tanto, mayores seguridades de éxito.

»Se impone el Sindicato en un negocio de esta clase:

»1.º Para negociar la obtención de una rebaja en las tarifas de transporte de las Compañías de ferrocarriles y de navegación.

»2.º Para estudiar y ejercer un «control» sobre el estado y envase de las frutas, cuestión ésta de gran importancia, especialmente en el mercado inglés, donde el comprador está acostumbrado á la buena presentación de la mercancía.

»3.º Para determinar el momento, calidad y forma de las expediciones de acuerdo con el estado del mercado.

»Si cada uno de estos puntos han de ser salvados por cada exportador, las dificultades serían mayores, faltaría unidad, y no existiría un eficaz «control» sobre la calidad de la fruta y sus envases, que es, como ya hemos dicho, indispensable si se desea obtener la confianza del mercado. Así lo han entendido los exportadores del Canadá, de Australia, de Tasmania y de la Colonia del Cabo, los primeros en las expediciones de manzanas y el último en las de las diferentes frutas de aquella colonia, habiéndose llegado hasta al «control» oficial por parte de los respectivos Gobiernos.

»Ya que citamos la exportación de frutas del sur de Africa, nos permitimos abrir un paréntesis para explicar en breves líneas y como ejemplo su perfecta organización, pues las frutas que salen de Capetown para Inglaterra son casi todas ellas las mismas que se producen en determinadas regiones de España, y á pesar de la distancia y de que su gusto no es mejor que el de las nuestras, se venden hoy en buen estado y á precios remuneratorios, gracias, repito, á la perfecta organización que preside este movimiento comercial.

»Gran parte de las frutas de la Colonia del Cabo viene directamente á Southampton por los vapores correos de la Union Castle Line, con un flete de 60 chelines por tonelada.

»En el nuevo contrato de subvención de esta línea, cuyas bases han sido publicadas por el Gobierno surafricano y que ha de entrar en vigor el próximo mes de septiembre para un período de diez años, se reduce el flete á 40 chelines por tonelada (de 40 pies cúbicos ó de 2.240 libras) para las frutas que hayan de transportarse en cámaras á una temperatura de 10 á 36 grados Fahrenheit, y á 25 chelines para las que exijan temperaturas entre 38 y 50 grados.

»Los exportadores de frutas del Cabo se hallan casi todos asociados, y al hacer las expediciones colocan en la parte exterior de cada caja una chapa de metal que contiene: un número que corresponde al exportador, la clase de fruta que contiene la caja, y su peso. Al llegar á Southampton se procede á la inspección de la mercancía por un agente que representa la Asociación de exportadores, quien está obligado á devolver ó á avisar al expedidor en caso de que la fruta ó embalaje llegue en mal estado, y darle consejos para remediar estas deficiencias en el porvenir. Y con este sistema, tan sencillo como eficaz, han conseguido acreditarse las frutas del Cabo, que todos los años aumentan su consumo en Inglaterra, vendiéndose ya también en Francia, Bélgica, Austria y Alemania.

»Los comerciantes aseguran que la colonia surafricana es hoy un centro proveedor de frutas tan importante para el mercado londinense de Covent-Garden como los condados ingleses de Kent y Middlessex. ¡Y esto lo han conseguido los exportadores del Cabo á 8.000 millas de las costas inglesas! Y preguntamos nosotros: ¿por qué no han de venderse en Covent-Garden las frutas verdes españolas, que no encuentran á su entrada en Inglaterra ningún derecho de aduanas que las coloque en una situación desventajosa frente á las de otros países, ya que nuestros centros de producción se hallan relativamente cerca, y que su calidad es tan buena ó mejor que las de otras procedencias?

»En 1886, según documentos que tengo á la vista, se vendieron por primera vez en Covent-Garden las frutas del Cabo. Esta expedición consistía en unas cuantas cajas de peras que llegaron en buen estado, á pesar de que los medios de transporte no eran tan rápidos como hoy. Pocos creyeron entonces en la posibilidad de que veinticinco años más tarde entrasen semanalmente en Londres de 20.000 á 23.000 cajas de frutas de igual procedencia.

»Debemos reconocer que no todo el éxito corresponde á la actividad y al *savoir faire* de los exportadores, sino que hay que admitir también que el con-

sumo de frutas ha aumentado, que en las mesas de las clases pudientes y grandes hoteles es hoy indispensable que figuren frutas de las más variadas y exóticas, sin tener en cuenta la estación del año ni el precio; y, por último, que tienen también la gran ventaja de llegar precisamente á Europa en épocas del año en que existe escasez de frutas similares en los mercados.

»Así, por ejemplo, las expediciones de albaricoques, melocotones y ciruelas empiezan á mediados de diciembre, durando hasta mediados de marzo; las uvas, peras y piñas, de mediados de febrero á fines de abril; y las naranjas, de junio á fines de septiembre. Pero también hay que reconocer que si los productores del sur de Africa no se hubiesen asociado, perfeccionando su cultivo y embalaje y organizando hábilmente la exportación, no habrían podido obtener tan grandes beneficios de las ventajas precitadas.

»Volviendo al objetivo de nuestro trabajo, creemos necesario ante todo la obtención por parte de los exportadores de una rebaja en las tarifas de ferrocarriles y rapidez en el transporte desde el punto de producción al puerto de embarque, ventajas que no creemos fuesen negadas por nuestras Compañías de caminos de hierro, tanto más, cuanto las Compañías inglesas otorgarían estos beneficios para llevar las frutas desde este puerto de Southampton á Londres.

»El buque ó buques que se fletasen para este transporte deberían ser al principio de pequeño tonelaje, consiguiendo así también reducir en lo posible los gastos de puerto.

»Para la entrada y amarre del vapor en Southampton hay que tener en cuenta que en este puerto existen los Docks (pertenecientes á la London & South Western Railway C.^o) y un muelle de la ciudad (Town Quay), siendo diferentes en cada uno de ellos los derechos de amarre, descarga, transporte, etcétera.

»Para el cálculo de estos derechos tomaremos como tipo un vapor de 1.000 toneladas de registro con un calado de 15 pies.

»Si el vapor amarra en los Docks, pagará:

	Libras esterlinas.
Derechos de luces de puerto (dos peniques y $\frac{3}{4}$ por tonelada, menos el 30 por 100).....	8-0-5
(Este derecho sólo se paga por las seis primeras veces del año por el mismo vapor. Si descarga sólo parte del cargamento y continúa con destino á otro puerto inglés, abonará la mitad de estos derechos en cada uno de los dos puertos, y también en este caso los nueve peniques por tonelada que paga por derechos de Docks se reducen á seis.)	
Derechos de pilotaje: Entrada.....	6-2-6
— — Salida.....	4-0-0
Alquiler de remolcador.....	1-0-0
Derechos de puerto (un penique por tonelada de registro)....	4-3-4
Derechos de luces de los Docks.....	0 2-0
Derechos de balizamiento.....	0-5-0
Derechos de Docks (nueve peniques por tonelada de registro).	37-10-0

»Por derechos de muelle, descarga, clasificación y arrastre hasta el vagón, tres chelines por tonelada, más el $12\frac{1}{2}$ por 100. Si los trabajos de descarga á bordo no se hacen por los tripulantes, se debe abonar diez peniques por tonelada á las Empresas particulares que se encargan de estas operaciones.

»El transporte por ferrocarril á Londres, pagándolo el consignatario del vapor, es por tonelada:

	Estación. Londres.	Mercado. Londres.
Uvas, ciruelas, albaricoques, melocotones y peras..	$\frac{6}{8}$	$\frac{11}{8}$
Melones, naranjas, nueces, tomates y cebollas.....	$\frac{6}{0}$	$\frac{9}{4}$
Manzanas y patatas	$\frac{5}{-}$	$\frac{8}{4}$

»Estos precios son más bajos que los de la tarifa general, beneficio que la Compañía del London & South Western Railway C.^o se halla dispuesta á aplicar á las frutas españolas si éstas se transportasen á Southampton por una línea regular; y debo advertir que tanto en estos precios como en los precitados derechos de Docks la Compañía me ha manifestado que entraría en negociaciones con las personas interesadas para ver si se podría llegar á una nueva reducción de los mismos.

»Si el buque del tonelaje y calado citados amarra en el muelle de la ciudad (Town Quay), debe abonar por:

	Libras esterlinas.
Derechos de luces de puerto	{ Los mismos que si amarra en los Docks.
Derechos de pilotaje	
Derechos de puerto (un penique por tonelada de registro)	4-3-4
Derechos de muelle (un penique por tonelada de registro)	4-3-4
(Si el buque paga por adelantado un penique por tonelada, podrá durante el año amarrar al muelle un número de veces ilimitado.)	
Derechos de balizamiento y luces del muelle (por cada viaje, si el buque no excede de 1.000 toneladas)....	0-7-0

»Por recibir del vapor la carga de fruta y colocarla en el vagón, $\frac{2}{9}$ por tonelada; y si se recibe del vapor para colocarla en el muelle, y de éste al vagón, $\frac{3}{13}$; estando incluido el arrastre en el muelle y clasificación de la mercancía.

»La tarifa general de transporte por ferrocarril desde el muelle (Town Quay) hasta Londres es:

Uvas.....	$\frac{20}{10}$ por tonelada y $\frac{17}{6}$ por tres ó más toneladas hasta el mercado de Londres.
Ciruelas.....	$\frac{17}{11}$ por tonelada.
Melones.....	$\frac{17}{11}$ ídem.

Naranjas.....	$\frac{17}{11}$ por tonelada y $\frac{14}{2}$ por tres ó más toneladas hasta la estación de Londres.
Nueces.....	$\frac{17}{11}$ por tonelada.
Tomates	$\frac{17}{11}$ ídem.
Cebollas.....	15 ídem.
Manzanas	$\frac{14}{2}$ ídem.
Patatas.....	15 ídem.
Patatas en sacos..	dos toneladas, $\frac{9}{2}$; cuatro toneladas, $\frac{7}{6}$; seis toneladas, $\frac{6}{10}$.

»Estos son precios sobre los que se conseguiría una rebaja si se puede garantizar un número determinado de viajes durante el año. A los anteriores derechos hay que añadir cuatro peniques por tonelada de transporte (con un mínimo de $\frac{1}{4}$ por vagón) desde el Town Quay hasta la estación de Southampton, excepto en las uvas, en cuya tarifa ya va incluido este recargo..

»En cuanto á los trabajos de descarga de á bordo, podemos repetir lo dicho respecto al vapor que amarre á los Docks.

»Debemos advertir que los vapores que viniesen á Southampton con frutas no podrían encontrar carga en este puerto para sus viajes de regreso, por lo que tendrían que dirigirse á otro puerto inglés para volver á España con cargamento de mineral.

»Además del transporte directo de frutas desde Southampton á Londres, sería conveniente intentar la expedición de una parte de ellas á los centros de mayor consumo del sur de Inglaterra, sin pasar por Londres, evitándose así comisiones y recargar la mercancía con otros gastos, para lo que sería necesario que el Sindicato entrase en relación con los importadores de dichos centros de consumo, ó aún mejor, nombrar un representante en Southampton que se ocupase de este trabajo de expediciones y propaganda.

»A continuación citamos los centros más importantes de consumo de frutas en toda esta zona del Sur, llegando por el Este sólo hasta Brighton, pues para más lejos sería difícil conseguir de las Compañías de caminos de hierro un servicio rápido y una tarifa conveniente.

»Los centros del sur de Inglaterra en que existen importadores «al por mayor» que podrían adquirir grandes cantidades de frutas y legumbres, y adonde el transporte podría hacerse en condiciones ventajosas, son:

»Southampton, Penzance, Plymouth, Exeter, Weymouth, Yeovil, Bath, Bournemouth, Bristol, Barustaple, Portsmouth, Winchester, Reading, Oxford y Brighton. En toda esta zona meridional hay otros centros menos importantes, como: Falmouth, Truro, Lancaster, Torquay, Exmouth, Dorchester, Tamton, Ilfracombe, Salisbury y Basingstoke, en donde sólo existen comerciantes «al por menor», quienes podrían comprar directamente ó surtirse del comerciante «al por mayor» de una de las ciudades precitadas.

»La expedición directa puede extenderse en buenas condiciones hasta algunos grandes centros de Midlands, como Leicester, Birmingham y Derby, siguiendo el ejemplo de lo que se hace con las frutas del Cabo.

»Como ejemplo de la rapidez y facilidades en el transporte de frutas citaré

un caso ocurrido hace pocos días con un lote de 110 cajas de frutas del Cabo destinadas al mercado alemán. Llegaron á Southampton en el vapor *Saxon*, que amarró á los Docks á las cuatro de la mañana; se desembarcaron y expidieron para Londres antes de mediodía, y en la noche del mismo día se embarcaron en Grimsby con destino á Hamburgo.

»Para el trabajo de distribución al sur de Inglaterra creemos sería más práctico el nombramiento en este puerto de un agente conocedor del negocio y de los mercados, persona responsable en el país, de completa confianza y que estuviese en continuo contacto con los compradores.

»Este sistema de distribución se emplea desde hace tres años por los productores de fresas y tomates de Jersey, y su agente en Southampton ha obtenido resultados muy satisfactorios, dando un gran impulso á la venta, llegando á un embalaje uniforme y de cuatro libras de peso, obteniendo tarifas reducidas en los caminos de hierro y nombrando á su vez subagentes en los distintos centros de consumo, que le tienen al corriente de las existencias y precios.

»He tenido varias entrevistas con las autoridades del puerto, tanto del Town Quay como de los Docks, y con las del London & South Western Railway C.^o, sacando la convicción de que darian cuantas facilidades fuesen posibles; las de los Docks no han dejado de manifestarme en diferentes ocasiones, como ya he dicho, que podría llegarse á una rebaja de los derechos que anteriormente hemos citado, y á la mayor rapidez posible en las expediciones, si se estableciera un servicio regular de vapores.

»Aprovecho esta oportunidad para ofrecer mis modestos servicios, tanto á nuestros exportadores como á los navieros que quisieran estudiar este proyecto de línea de vapores, que tan beneficioso podría serles.»

Luis Calderón.

Cónsul de España en Southampton.

Académica

La fiesta de Rubén Darío en el Ateneo

Rubén Darío, el poeta admirable de la *Sonatina* y la *Marcha triunfal*, prestó su nombre y su presencia á una hermosísima fiesta de arte en honor suyo celebrada por el Ateneo de Madrid.

La docta casa sentía hace muchos años el deseo de testimoniar con un acto de tal índole su admiración al autor de *El canto errante*; pero la brevedad de las estancias de Darío en Madrid lo había impedido. Ahora, cuando el poeta se hallaba en esta corte de paso para la América del Sur, por donde hará un

largo viaje literario representando á la magnífica revista parisina *Mundial*, se ha organizado, casi improvisado, el cordial homenaje, que por su inusitada brillantez, dentro de su sencilla forma, resultó digno del poeta festejado.

El hermoso salón de actos del Ateneo estuvo, más que lleno, rebosante del público de las más atrayentes reuniones artísticas: bellísimas damas, literatos insignes, eminentes políticos ocupaban el severo recinto.

La aparición de Rubén Darío en el estrado fué saludada con una larga y unánime ovación.

Jacinto Benavente, que presidía la fiesta, y que tenía sentado á su derecha á Darío, dió comienzo á ella con la lectura de un discurso breve y magistral, lleno de la serena gracia del genial dramaturgo, y rematado con el sentimental saludo de un altísimo poeta á un poeta igual. No hay que decir si serían grandes y justos los aplausos que oyó.

Enrique Amado leyó luego un juicio crítico de D. Juan Valera sobre uno de los primeros libros del vate americano, y el joven ateneísta Andrés González-Blanco dió á conocer unos fragmentos del extenso y notable volumen que hace años dedicó á estudiar la personalidad del poeta. Ambas lecturas fueron muy celebradas.

Pusieron fin á esta primera parte de la fiesta unas bellísimas palabras de nuestro muy querido compañero Barbadillo, rebosantes de brío y espiritualidad. Durante su lectura y al final sonaron en la sala entusiastas aplausos.

Tras un corto descanso comenzó la lectura de versos de Darío. Anita Martos y Hortensia Gelabert, las dos bellas actrices, tan admirables por su arte como por su hermosura, y Nilo Fabra y Ricardo Calvo leyeron *Flirt*, *Campoamor*, *Retratos*, *Marcha triunfal*, *La niña-rosa*, *Madrigal exaltado*, *Sonatina*, *Era un aire suave...*, *Canción de otoño en primavera* y el famoso soneto *Á Margarita*. Al concluir cada una de las poesías el entusiasmo del auditorio estallaba en una ovación calurosa; pero cuando se desbordó y los aplausos y las aclamaciones llegaron á interrumpir las más bellas estrofas, fué cuando el Sr. Fabra dijo de manera perfecta los orquestales versos de la *Marcha triunfal*.

La memorable fiesta acabó con unos versos que para ella había escrito Darío, y que él mismo dijo.

El ilustre Valle-Inclán, que debió contribuir con una disertación—seguramente admirable, como suya—al esplendor del homenaje, no pudo hacerlo porque asuntos particulares le obligaron á emprender un viaje.

A continuación publicamos las hermosísimas páginas literarias de Benavente y Barbadillo:

Palabras de Jacinto Benavente

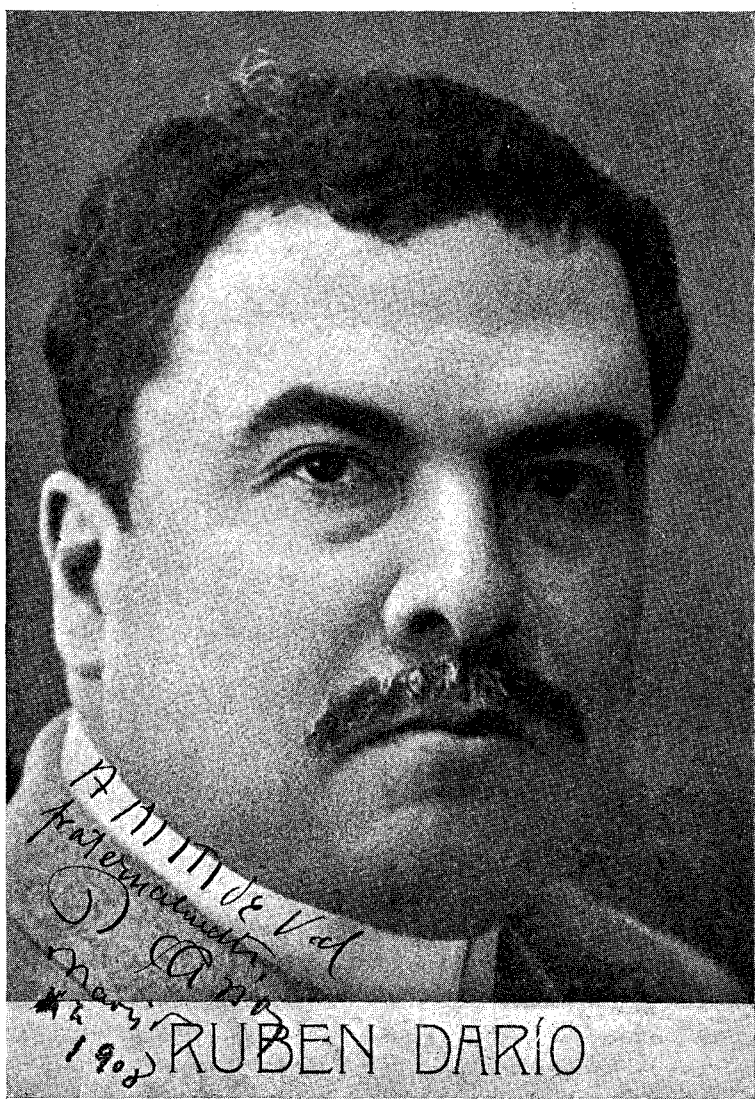
«Señoras y señores: Por esta vez, ¡loado sea Dios!, la Sección de Literatura no celebra funerales literarios.

»Hoy podemos regocijarnos sin asomos de tristeza más ó menos sincera. En otras ocasiones, al honrar la memoria de algún difunto, entre *De profun-*

dis por el muerto y *Alleluya* por su gloriosa obra, veníamos á ser como la viuda rica, según dice el refrán: «La viuda rica con un ojo llora, con el otro »repica.»

»Hoy, por fortuna, podemos repicar á gloria de todo corazón.

»Vivo y entre nosotros está el poeta festejado; vivo y en plenitud de su



numen poético. Así, tampoco tiene esta fiesta el dejo amargo de las despedidas, como otras semejantes en que, al declinar de su vida y de su entendimiento, parece que decimos al festejado: «Con esto hemos cumplido. Ahora á »casita, y no moleste usted más.» Estos homenajes á lo Carlos V son algo así como el tercer aviso ó como la salida de tono de aquel festivo cuanto iracundo

escritor, al increpar á un portero agonizante: «¡Usted, á morir pronto, que es su obligación!»

»La Sección de Literatura bien quisiera no ser siempre una especie de funeraria. Y si no prodiga con los vivos estos homenajes, es... porque... entre los vivos los hay tan «vivos», que se organizarían ellos mismos el obsequio.

»Los muertos no son tan intrigantes, no suelen valerse de recomendaciones. Aun así, yo no sé, ahora que hemos dado en practicar el espiritismo, si no acudirá alguno desde el otro mundo á solicitar su homenaje.

»Pero, en verdad, estos honores sólo son en verdad honores cuando más honran á quien los ofrece que á quien los acepta.

»Y nadie dudará que hoy es el caso para esta Sección de Literatura.

»Puro también de toda utilidad y toda consideración extraña al Arte, ni siquiera pensamos al realizar este acto en estrechar los consabidos lazos hispanoamericanos; esos lazos tan traídos y tan llevados en congresiles discursos y brindis de banquetes.

»¿Qué discurso valdrá lo que un solo verso de Rubén Darío, escrito en noble lengua castellana?

»¿Qué brindis como la elevación de su poesía al alzar el poeta, como el sacerdote en el más alto misterio de nuestra religión, en cáliz de oro su propia sangre, que no es otro el misterio de la Poesía?

»No hay poeta cuyo corazón no sangre. La sangre es chorro de luz; pero esa luz, que es resplandor para todos, es en el corazón del poeta herida dolorosa.

»Cuando cantamos á nuestra gloria decimos nuestro dolor. ¿No es cierto, poeta?

»Que las rosas suavicen sus espinas para coronar vuestra frente. Las mejores que os ofrecemos son de vuestros floridos rosales.

»Nos las ofrecisteis para gloria de todos, y su aroma fué música espiritual de oraciones que saturó nuestras almas de poesía. Al prenderlas sobre nuestro corazón aprendieron la más dulce palabra de gloria: ¡amor! ¡Amor al poeta! Cantan hoy nuestros corazones con esa canción que es armonía de risa y llanto y pone en las palabras más vulgares acentos de verdad resplandeciente, como en los niños, como en los enamorados, y es como temblor de aguas vivas, y es la caricia de lo sublime, y es el pasar de Dios por nuestras almas.»

Palabras de Joaquín López Barbadillo

«Señoras y señores: Ahí está. Ese es. Es el de la pagana flauta alegre en los bosques de Apolo; el del violín enredador entre las frondas de Versalles; el del atambor y el clarín en la agostada y dura planicie castellana; el del ruido de rebotar de truenos en los Andes; el de poesía que habla leda y bendita, como la susurrante voz de un coro monacal cuando las vírgenes oran maternalmente ante la cunita del niño Jesús.

»¡Salve, Rubén! Vedle; la noble testa siempre está caída: es por los laureles y por la humildad. Siempre los hondos ojos están casi cerrados: es porque Rubén sueña perpetuamente su gran sueño interior.

»Ved aquí á uno de los más altos adivinos que han escrito español desde que se habla el español. Nadie como él ha sido al par sutil, sencillo, elocuente, balbuciente, lírico, épico, viejo é infantil. Rubén ha modelado la palabra rítmica, adaptándola á cada uno de los moldes en que puede vaciarse el alma humana; Rubén canta una escala que va desde la más profunda nota de lo hondo del mundo y lo hondo del espíritu hasta la hiriente nota de un clarín de arcángel; Rubén es mágico, único, magnífico. A veces sus estrofas serán incomprendidas, precisamente porque tengan la omnipotente y rara fuerza del milagro; pero, de todos modos y á toda hora, Rubén Darío es un gran poeta; porque hay poesía en la complicación y en el desorden, como en el orden y en la sencillez. Para que haya poesía no es necesario más... sino que la haya.

»En sus cánticos todos parece como que no es una voz sola la que suena: son sonidos corales. El creador se desdobra, y salen de él muchos diversos hombres: guerreros ó panidas, ó apóstoles de Jesucristo. Y también hembras amadoras que saben toda la gama suave del amor. Y también voces niñas. Y cada libro de Rubén es como un concertante en que hay predicación, batalla, jugo de la Naturaleza, calma, torturas y gentilidad.

»Siendo nuestro Parnaso español el más pomposo de cuantos hay en la literatura universal, no tuvo nunca poliformes poetas magnos, buzos de lo Infinito como Shakespeare ó Schiller. Y ved aquí que de la hermana América, á bordo de una estrofa ligera y dorada, viene á nosotros este hombre, para decir ingenuamente, simplemente, las más estupendas averiguaciones de lo que está tras las fronteras del espíritu. Mientras los viejos rimadores subsisten en el teatro, cantando su sonoro verso de desafíos y honor; mientras arde la llama mística y pagana de San Juan de la Cruz y de Santa Teresa; mientras todavía fluye el regocijo de Juan Ruiz, como si eternamente hubiera de verterse la sana risa noble de su amada hembra placentera, ved que llega Rubén, y que pasa magnífico por el campo de la poesía española, y que á su paso van reabriéndose todas las rosas líricas y en él va reencarnando toda el alma de todos los cantores, desde la aérea palabra de luz de Zorrilla hasta la rancia tosquedad de aquel abuelo que principió su poema

en el nombre del Padre que hizo toda cosa.

»Rubén es nuestro, es español; en él se juntan la elocuente música, la sangre de la raza, el corazón y el pensamiento nuestros. ¡Glorifíquese España, porque es un español digno de toda gloria! Pero sea el nuestro un homenaje íntimo y sosegado, plácido y familiar, como para él.

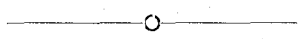
»Algo más podría hacerse. Bastaría un título, no ducal, ni condal, ni de marqués—¡buenas cosas son ésas!—. Bastaría con que España, oficialmente, en la *Gaceta*—y perdonad la repugnante evocación de ese papel—, dijese unas pa-

labras. En la palabra está toda la obra del poeta, y solamente un poeta sabe el valor de la palabra. Bastaría con que España nombrase al gran Rubén «español de adopción».

»Yo no sé á quién se piden esas cosas. Si fuese al Rey, al Rey: «¡Señor, ved que se trata de un hermano espiritual de vuestros súbditos, amamantado en nuestra propia historia y soberano de un ideal país, el país de la Quimera, que aceptaría vuestro protectorado!»

»Si fuese á los políticos... No. Jamás; sería inútil el ruego. Son los políticos—y dispensad, ¡oh escasas y gloriosas excepciones!—gente hedionda y cerril que no entiende de versos. No les pidamos nada, como no sea que nos dejen en paz.

»Y en esta paz, aquí, ahora mismo, hágase el homenaje. Que todos á una, y todos españoles, con los fervientes labios de su alma, pongan un beso en la serena frente de Rubén cuando mi voz se apague: un beso de hermanas de todas las mujeres y un beso de hermanos de todos los hombres.»



Bibliográfica

Esperanzas y recuerdos (poesías) y *Madrid goyesco*, por D.^a Blanca de los Ríos.

Blanca de los Ríos de Lampérez prosigue en la publicación de sus obras completas, que ahora parecen aún más hermosas que antes.

Después de aquellos tomos de novelas y cuentos andaluces con que la serie dió principio, y aquel otro volumen de estudios literarios titulado *Del Siglo de Oro*, que contenía admirables y substanciosos trabajos relativos á Lope, Tirso y Cervantes, la ilustre escritora, con la reimpresión de *Esperanzas y recuerdos*, su primer tomo de poesías, nos ofrece otro de los brillantes matices de su delicado ingenio y de su talento multiforme.

«La Naturaleza—dijo de D.^a Blanca de los Ríos el insigne Menéndez y Pelayo—se complació en reunir en ella dotes que rara vez se encuentran juntas, y puso en débil cuerpo femenino un alma de temple de acero y de viva y poética fantasía... La vocación poética se despertó en ella, como es natural, antes que la curiosidad crítica, y escribió en verso antes que en prosa, lo cual no es mala preparación para juzgar rectamente de los

versos ajenos. No son los suyos labor de imitación, aunque en los más antiguos se notan las huellas de la escuela sevillana. La primavera lírica que floreció en su alma no ha cesado de renovarse desde entonces en composiciones de más íntimo y personal acento.»

Ciertamente, el libro de versos que ahora nos presenta la ilustre escritora no contiene la colección completa de sus producciones poéticas. Aparte del ya publicado *Romancero de Don Jaime el Conquistador*, nos anuncia otros tres libros de versos que aparecerán en breve: *Visiones de Arte*, *De sol á sol* y *De Andalucía*.

Esperanzas y recuerdos es el libro de mocedad que no ha querido la autora dejar de reimprimir, acaso por no ser ingrata con sus producciones primeras, que, llenas de emoción y de entusiasmo, sinceras, hondas é ingenuas, nos son queridas y gratas siempre, como la música que oímos en horas felices y las primeras ilusiones que florecieron en el alma.

Es, pues, un libro que debe abrirse con respeto.

Leamos:

Dejad que, del presente desasida,
vuelva á vivir mi vida,
torne ansiosa á gustar del bien que pierdo,
y á libar en mis propias desventuras
las amargas dulzuras
con que brinda á las almas el recuerdo.

El recuerdo es la vida reflejada,
la existencia pasada
rielando en el cristal de la memoria,
la senda que, después de recorrida,
resurge embellecida
por esplendores de remota gloria.

Contrastan con esta bella composición,
que lamentamos no poder reproducir ínte-



Doña Blanca de los Ríos.

gra, otras hermosas páginas del libro, de diferente género y forma, tales como los madrigales y las rimas. Veamos un madrigal:

TU Y YO

Yo soy la pobre flor que en el estío
sobre el ardiente suelo se consume;
sé tú la blanca perla de rocío,
y yo te daré, en cambio, mi perfume.
Si es mar de llanto la existencia mía,
tú eres rayo de sol; mírate en ella,
y en tanto que amanece eterno día,
si yo la noche soy, sé tú mi estrella.

Algunas composiciones figuran en el libro que no pertenecen á los primeros tiempos de la escritora: por ejemplo, *El amado*, escrita en 1911; pero en su mayoría fueron escritas cuando su autora no contaba aún veinte

abriles, y éstas son las que constituyen la entraña del libro y las que le imprimen el sello.

Con la titulada *La última joya* se dió á conocer D.^a Blanca como poeta á los quince años de edad, y un año después, en 1878, dió á las prensas su original novela *Margarita*, que mereció unánimes elogios.

El otro libro que acaba de publicar, tomo V de sus *Obras completas*, es una colección de novelas cortas que recibe el nombre de la primera. Ésta, *Madrid goyesco*, *Los diablos azules*, *La carta del muerto* y *Las hijas de Don Juan* no necesitan encomio, por lo muy conocidas que son varias de ellas hasta fuera de España, como la primera y la última, traducidas al francés y al alemán.

Blanca de los Ríos es más celebrada como novelista que como poeta; pero ello se debe, también lo ha dicho el maestro que hoy lloramos, «á la ventajosa competencia que la misma escritora ha hecho á sus versos con los relatos en prosa, tan sobria, tan varonil, tan enérgica, alguno de los cuales, como el titulado *La rondeña*, recuerda el toque firme y preciso y la impasible objetividad de Mérimée».

.

Campos de Castilla, por Antonio Machado.

Antonio Machado es uno de nuestros poetas más sinceros y hondos. Su verso, según él mismo afirma, brota de manantial sereno y nunca gustó pulirse con los afeites de la nueva cosmética literaria.

Su último libro, titulado *Campos de Castilla*, es una prueba de la honradez con que el culto poeta se acomoda y arraiga en la tierra que habita, respira en ella su peculiar ambiente, vive su propia vida y palpita en su misma alma.

Antonio Machado nació en Sevilla; pero hoy desempeña una cátedra en una de las más castizas ciudades del antiguo reino de Castilla la Vieja, y, aclimatado allí su temperamento artístico, canta en las bellas composiciones nuevas á las tierras áridas, mudas, á las colinas y á las sierras calvas, á los verdes prados y cerros cenicientos:

He vuelto á ver los álamos dorados,
álamos del camino, en la ribera

del Duero, entre San Polo y San Saturio,
tras las murallas viejas
de Soria barbacana,
hacia Aragón, en castellana tierra.

Estos chopos del río que acompañan
con el sonido de sus hojas secas
el sol del agua cuando el viento sopla,
tienen en sus cortezas
grabadas iniciales que son nombres
de enamorados, cifras que son fechas.

¡Álamos del amor, que ayer tuvisteis
de ruiseñores vuestras ramas llenas;
álamos que seréis mañana lirás
del viento perfumado en primavera;
álamos del amor, cerca del agua
que corre, y pasa, y sueña;
álamos de las márgenes del Duero,
conmigo vais, mi corazón os lleva!

Además de estas composiciones con que
empieza el libro, figuran en él algunos pro-
verbios, humoradas y consejos que sirven de
contera á la notable colección.

Pero lo más importante que el volumen
contiene es el romancero titulado *La tierra
de Alvargonzález*, trágica historia admira-
blemente desarrollada, compuesta de unos
cuarenta romances bellísimos, cuyo sabor
clásico les da la pátina del tiempo; versos
que han de quedar y han de perdurar todo lo
mucho que, aun siendo recientes, semejan
haber vivido.

M. M. V.

* * *

Jotas, por Sixto Celorrio y Alberto Casañal.

Green algunos espíritus superficiales que
desperdician malamente el tiempo aquellos
hombres letrados que consagran sus horas á
la producción de esas composiciones brevísi-
mas á que se da el nombre de cantares, y no
pasan de ahí al aplicar sus personales con-
cepciones poéticas.

Yo no participo de esa opinión; antes creo
que hacen un gran bien al constituirse en
proveedores del vulgo, cuyas expansiones
líricas regulan.

Los *folkloristas*, gente dada por lo común
al simple amontonamiento de las manifesta-
ciones del alma popular—labor de trapero,
que no discierne al manejar el gancho—,
ganarían mucho para sus menesteres y en-

sancharían los horizontes de la historia li-
teraria conociendo ésta bien y cultivando el
espíritu crítico.

De este modo no echarían á la cuenta de
la creación vulgar obra que tuvo origen más
alto y el vulgo hizo suya mediante el fácil
empleo de ese gran espíritu de asimilación
que le lleva á apropiarse de aquellas mani-
festaciones literarias que más se compaginan
con sus propios sentimientos.

Si hay en el mundo propiedad movetiza es
la del escritor, que no sólo produce para la
utilización indirecta del primero que se le
antoje, sino que constantemente es despoja-
do en ideas, en pensamientos y aun en for-
mas de expresión por los que le siguen. Y
dentro de la familia literaria, más movetiza
é insegura es aún la propiedad de los hace-
dores de cantares, que, si casan con el alma
del pueblo, el pueblo se los apropia y como
propios los lleva de labio en labio, en
generación en generación.

A la caída de una tarde de verano paseaba
yo por la vega zaragozana, fuerte y adusta
como las almas de los pobladores. Acompa-
ñaba á un buen señor que había dado en la
manía del *folklorismo*, sin preparación lite-
raria, sin dirección científica. Topamos con
un fornido baturro que, caballero en bien
desarrollada mula, de la faena del campo
volvía. A plena voz lanzó al aire con buen
estilo un cantar:

No me prendió el escribano,
los alguaciles ni el juez;
me prendieron dos corchetes
de un corpiño de mujer.

Mi acompañante el *folklorista*, que retuvo
en la memoria los cuatro versos del cantar
y se apresuró á trasladarlos á una libreta
que para estos menesteres llevaba consigo,
del mismo modo que los coleccionistas de
insectos no abandonan nunca las pequeñas
cárceles de gasa, díjome profundamente re-
gocijado:

—¿Ha oído usted en su vida cantar más
lindo? Es uno de los mejores que he copiado
para mi colección. ¡Oh, la poesía popular!
¡Oh admirables creaciones espontáneas de
eso que llamamos vulgo y es capaz de ele-
varse, en su inconsciencia, á tan delicados
matices!

—No, amigo mío—hube de replicarle, ca-

yendo mis palabras como agua fría sobre sus entusiasmos—. Esa que usted equivocadamente juzga-manifestación espontánea del sentir popular es hijuela del hombre erudito, aunque no por ser erudito deje de ser gran ingenio. ¡Nada menos que del profesor de Cánones de la Universidad de Zaragoza, el Sr. D. Juan Moneva y Puyol! ¡Y nada menos que correspondiente á una colección de cantares premiada—no me cabe duda que con algún objeto de arte—en una fiesta de Juegos florales! Si ustedes los *folkloristas*, procediendo con sumo rigor, se remontaran al origen de todos y cada uno de los que llaman cantares populares encerrados en sus colecciones, fallarían que de las capas inferiores del pueblo sólo brotan ramplonerías, insulsececes, cuando no cantares de torpe gusto, y que lo que el pueblo suele hacer es apropiarse la producción de ingenios próceres y considerarla por virtud del uso tan suya, que acaba el ingenio creador por convertirse en el menor padre de todos. Y aun pudiera ser asaeteado con burlonas risas si se lanzaba á sostener la paternidad de aquello que hubiese entrado definitivamente en los dominios del elemento popular.

Luis Royo Villanova y Luis Ram de Víu, dos fértiles ingenios aragoneses malogrados en plena lozanía, dieron á luz hace muchos años *Dos guitarras*, espléndida colección de cantares, más aragoneses los del primero que los del segundo, porque abundaban en los del barón de Hervés los sentimentales; y el sentimentalismo, en que tanto se recrean las coplas andaluzas, no se ha hecho para las que en Aragón se cantan.

Otro robusto ingenio de la misma tierra, Mariano Baselga y Ramírez, saludó la aparición de aquel libro, joya inestimable de la literatura aragonesa, llamando á sus autores ¡falsificadores! Y les llamaba así, porque con sus cantares habían llegado hasta la entraña de la región; porque ellos delataban el pensar, el querer, el sentir de los netamente aragoneses; porque presentía que aquellas composiciones breves recién salidas de dos ingenios y de una prensa pasarían bien pronto al dominio del elemento popular, y de boca del pueblo las recogerían tiempo adelante los *folkloristas* del porvenir, que si por acaso topaban con el libro de los dos Luises, aún tendrían á éstos como falsifica-

dores de lo conceptuado falsamente como creación anónima y espontánea.

Falsificadores estaba yo por llamar ahora, en igual sentido, á estos otros dos ingenios aragoneses, Sixto Celorrio y Alberto Casañal, que, como Royo y el barón de Hervés, se han dado la mano en un libro de cantares que se llama *Jotas*, y que traduce por modo admirable el pensar, el sentir y el querer de los netamente aragoneses.

En tal libro, que pronto dejará de ser, en lo espiritual, de sus propios padres para ser esparcido libremente por voces frescas y voces robustas sobre la haz del paisaje aragonés, fuerte y adusto, han quedado encerradas las características notas de aquel pueblo singular:

Alegría sana:

La jota quiere alegría,
porque entre penas se ahoga;
á ninguno que está triste
le he visto cantar la jota.

Gramática parda:

Al matrimonio y al baño
procura entrar de repente,
porque al que lo piensa mucho,
le da frío y no se mete.

Socarronería:

En la procesión querían
que hicieses tú de Pilatos,
y preferiste ser Judas
por no lavarte las manos.

Cuando yo esté en la agonía
procura de no acercarte,
que no son horicas ésas
d'ir á molestar á nadie.

Querer firme:

Ponte, si vas á la guerra,
mi retrato junto al pecho,
pa que si viene una bala
nos mate á los dos á un tiempo.

Franqueza absoluta:

Si me esperas y no voy,
no me pongas mala cara.
De fijo que no he podido...,
ó que no me ha dao la gana.

El día que tú me olvides
sucede una cosa gorda:
ú me da por conformarme,
ú me da por buscar otra.

Trescientos mozos del pueblo
á tu puerta hemos llegao,
pa decirte los trescientos
que nos tienes sin cuidao.

Malicia encubierta:

Si valdrá poquica cosa
la vecina de mi calle,
que se ha puesto en relaciones
y no la calumnia nadie.

Se paice tu corazón
á la posada del pueblo,
que en cuanto llegan las fiestas
se llena de forasteros.

Parquedad:

Si con muy pocas palabras
quieres decir muchas cosas,
pasa en Aragón un día
y aprende á cantar la jota.

Así como el prusiano Blücher, pensando en tomar París, exclamaba: «A mí me parece que el vino de Champagne es mejor allí donde le producen sus viñas», hay quien cree que para conocer el alma aragonesa hay que hacer un viaje. Yo te invito, lector, si tal conocimiento quieres adquirir, á que leas el libro de Casañal y Celorrio.

Te garantizo que eso basta.

F. Aznar Navarro.

La pata de la raposa (novela), por Ramón Pérez de Ayala.

Después de *A. M. D. G.*, libro que obtuvo uno de los éxitos más resonantes y más sólidos que se recuerdan en la historia literaria de estos últimos quince años, publica Pérez de Ayala esta novela, con la cual confirma su sólida reputación de maestro en tan difícil arte.

La pata de la raposa es ante todo una novela amena, y para conseguirlo Pérez de Ayala ha puesto en sus páginas interés, gracia, amenidad, emoción, tipos y estilo, una fábula de sangrante realismo y una idea de gran transcendencia. Con tan varios y tan preciados elementos, combinados por el ingenio peregrino que escribió *La vida en los*

colegios de jesuitas, no podía menos de surgir la novela fuerte y admirable que es *La pata de la raposa*.

Las flechas del amor (novela de costumbres madrileñas), por Alberto Insúa.

El novelista fuerte, personalísimo y sincero de *Las neuróticas*, de *El demonio de la voluptuosidad*, de *La mujer desconocida* y de otras no menos admirables novelas que reflejan con arte y con verdad el espectáculo de la vida moderna, ofrece ahora al público un libro de fábula amenísima y de hondura psicológica titulado *Las flechas del amor*. Nárranse en él con la maestría peculiar en Insúa los amores de una «hija del pueblo» que sólo sabe amar y sacrificarse, con un «señorito» sensual, impulsivo y ambicioso que, más por ceguera que por crueldad, no dudará en sacrificar al corazón que ha de serle fiel hasta la muerte. Novela romántica y noble es esta de Insúa. La suerte de Eugenia preocupa desde las primeras páginas al lector. Y Roberto, con su boda interesada y sus combates políticos y periodísticos, le atrae unas veces y le indigna otras. Hay en *Las flechas del amor* un asombroso desfile de tipos conocidos, tomados de la sociedad burguesa de que procede el héroe y de la clase popular de donde ha salido la heroína. Asombra la agilidad del novelista al mover todos los muñecos, dándoles vida con una rápida descripción.

Aparte las figuras principales, los hermanos de Eugenia, el señor Fernando, el político Acevedo, producen también admiración: son reales; el lector los ha visto y oído muchas veces. El fondo de la novela, descripciones de Madrid, de sus calles y paisajes, *sorprende* por su veracidad.

El final de *Las flechas* constituye una página de profunda y desgarrante emoción. Este libro superará en éxito á todos los anteriores del gran novelista.

El hipnotismo prodigioso, por Alfredo Rodríguez de Aldao (*Aymerich*).

En España, donde parece haberse entronizado la frivolidad, que antes era patrimo-

nio de países tan superficiales como Francia, resulta un alarde publicar un libro que encierre tendencias científicas. Hoy día el chiste, el *calembour*, estimable cuando actúa sanamente el erotismo, útil también cuando pone de manifiesto llagas sociales con el fin de curarlas, ha hecho desaparecer ó, por lo menos, desviar la atención de todo aquello que pueda llevar en su entraña un germen innovador, un valor científico, algo, en fin, á conformar una modalidad en cualquiera de los órdenes ideológicos. Yo misma—y perdonéseme esta autocita—soy más conocida por ese libro desenfadado y erótico que se llama *Zezé* que por la autora de *Los buitres*, alguno de cuyos cuentos ha sido traducido á varios idiomas y merecido aplausos, que desde aquí agradezco, de prestigiosas firmas extranjeras.

Dije al comenzar esta nota que era un alarde publicar en España un libro serio, hondo, razonado. Este alarde será aún mayor cuando diga que el libro de que se trata es un libro en el que se hallan resumidas varias teorías psíquicas y ocultistas.

Titúlase éste, que es maravilla de ecuanimidad, *El hipnotismo prodigioso*. Su autor, que escóndese tras el seudónimo de *Aymerich*, es Alfredo Rodríguez de Aldao, escritor de vasta cultura en estas cuestiones. En los dos tomos que componen esta obra, tomos bastante voluminosos, se encuentran reunidos de una manera acertadísima la casi totalidad de los experimentos hechos sobre espiritismo por sabios de tan universal renombre como William Crookes, Aksakof, Chiaia y otros; opiniones acerca de estos fenómenos de Flammarión, Lombroso, Ochorowicz, Rochas, Foucault... y de cuantas eminencias científicas se han interesado por estos transcendentales estudios, llamados, el día en que la cultura adquiriera el grado que debe tener, á dar una atinada orientación á lo que hoy está en estado caótico, á reformar la ideología de la Humanidad entera.

El hipnotismo prodigioso es un libro de extraordinaria importancia. Viene á restablecer, á darles asiento entre lo real á hechos que en España más que en país alguno, ya de una manera intencionada, ya por ignorancia ó fanatismo, se habían falseado de la forma más lamentable. Y todo lo que en ciencia tienda á colocar en su lugar lo

que las supersticiones fueron arrastrando á distinto sitio, tiene un innegable mérito... Mérito tanto mayor, cuanto la materia de que se trata es acogida en esta «bendita tierra» por nuestros seudointelectuales con una sonrisa despreciativa y un solo comentario: «Está loco.»

Por esto, Rodríguez de Aldao (*Aymerich* y *Enediel Shaiah*), Otero Acevedo, Ardieta, Farré y todos los que se dedican á estas especulaciones merecen el aplauso más entusiasta.

La obra de Aldao marcha directamente, con el resumen que ha hecho en su libro, á desvirtuar de un modo absoluto esas ridículas sesiones de espiritismo á lo Allan Kardec, á las que todos allá en vuestras mocedades de estudiantes habéis asistido en casa del amigo ó del compañero predilecto, bien con el deseo de cometer alguna travesura en la obscuridad, ó con el ansia de descorrer el velo que nos oculta el *más allá*, que todos deseamos conocer...

En el libro *El hipnotismo prodigioso* se demuestra lo absurdo de esos estudiantiles experimentos, que son también comercio de gitanas y de gente poco escrupulosa para embaucar incautos, y que todo esto viene á ser la causa del descrédito en que cayeron estos fenómenos; pues, naturalmente, que el espíritu de Platón, de San Pedro ó de Cristo tome posesión de un sujeto para decirnos cuatro sandeces, que son acogidas por los creyentes como artículo de fe, no puede ocasionar más que risa en el indiferente, disgusto é indignación en el investigador.

Y *Aymerich* no lo demuestra refutándolo con palabras suyas, sino con textos de los que dedicaron su vida entera al examen de esta cuestión, al estudio concienzudo y paciente de teorías caídas en el ridículo, al desentrañamiento de estas fórmulas.

Este libro ha de causar una honda transformación en el modo de pensar de los que á estos estudios se dedican; mejor dicho, en los espiritistas que no estén cegados por el fanatismo.

No se crea que en *El hipnotismo prodigioso* está resuelto el problema psicológico. Desgraciadamente, no hemos pasado todavía del «umbral del misterio», y aunque la confirmación de los fenómenos espiritistas

rechazando la intervención de espíritus en ellos haya dado una clave á la ciencia, está aun ésta por descifrar.

El hipnotismo prodigioso, en fin, es un libro de indiscutible mérito para los que, estando ignorantes de estos hechos, deseen conocer con poco trabajo y en poco tiempo

toda la historia y hasta qué límites se ha llegado en las investigaciones psíquicas, y para los que hemos seguido los pasos de todo este movimiento puede ser un libro de consulta muy preciado.

Ángeles Vicente.

Libros recibidos

POESÍA

Campos de Castilla.—Antonio Machado.—Madrid, 1912.—Biblioteca Renacimiento.

Serraniegas.—Antonio Andión.—Madrid, 1912.

NOVELAS Y CUENTOS

El hijo de Parsifal.—Rafael Pamplona.—Madrid, 1912.—Biblioteca ATENEO.

Los dioses tienen sed.—Anatole France.—Madrid, 1912.—Biblioteca Renacimiento.

La casa de Aizgorri.—Pío Baroja.—Madrid, 1912.—Biblioteca Renacimiento.

Galerna.—Joaquín Dicenta.—Madrid, 1912.—Biblioteca Renacimiento.

El médico rural.—Felipe Trigo.—Madrid, 1912.—Biblioteca Renacimiento.

La pata de la raposa.—Ramón Pérez de Ayala.—Madrid, 1912.—Biblioteca Renacimiento.

El camino de la dicha.—Daniel López Orense.—Madrid, 1912.—Biblioteca Renacimiento.

Del ambiente provinciano.—A. Jiménez-Lora.—Madrid, 1912.

VARIA

Todo al vuelo.—Rubén Darío.—Madrid, 1912.—Biblioteca Renacimiento.

Los grandes sociólogos: Henry George. Su vida y su obra.—Baldomero Argente.—Madrid, 1912.—Biblioteca Renacimiento.

Miscelánea vallisoletana.—Narciso Alonso Cortés.—Valladolid, 1912.

Al margen de un discurso.—Salvador Bové.—La Seo de Urgel, 1912.

La cuarta Conferencia internacional americana.—Américo Lugo.—Sevilla, 1912.

Obras de Ramón Menéndez Pidal.—Madrid, 1912.

El índice del «Quijote».—Aurelio Báiz Baños.—Madrid, 1912.

ÍNDICE DEL TOMO DÉCIMOTERCERO
1912

ÍNDICE DE MATERIAS

Sección doctrinal.

Números.

Páginas.

I	<i>La poesía española y la Revolución francesa.</i> —Miguel S. Oliver	5
	<i>Las obras de arte en el hierro.</i> —Félix Navarro	16
	<i>El descubrimiento del retrato auténtico de Cervantes.</i> —Alejandro Pidal	27
II	<i>Influencia de las ideas en la evolución de los pueblos.</i> —Antonio Gota	65
	<i>Impresiones de serranía.</i> —Ubaldo Fuentes	79
III	<i>El genio anglosajón.</i> —Baldomero Argente	121
IV	<i>Patriotismo.</i> —Anselmo Fuentes	153
	<i>España y la República Argentina.</i> —Aníbal Latino	161
	<i>El régimen colonial español en el Río de la Plata.</i> —Rómulo D. Carbia	165
V	<i>Lister.</i> —Angel Pulido	185
	<i>Justicia histórica de la obra de España en América.</i> —Rómulo D. Carbia	209
VI	<i>Marcelino Menéndez y Pelayo.</i> —Necrología	227
	<i>Discurso de D. Antonio Maura.</i>	231
	<i>Un inmortal.</i> —Miguel S. Oliver	236
	<i>Más estoy para llorar...</i> —Francisco Rodríguez Marín	238
	<i>Era la Patria...</i> (soneto).—Ricardo León	241
	<i>Notas biográficas</i>	241

Poesías.

I	<i>Lo que debe ser la jota.</i> —Alberto Casañal	37
	<i>Bucólica.</i> —Antonio Andión	41
II	<i>Los ojos de Elisa.</i> —Lino Ramón Campos Ortega	94
	<i>Algo; A un crítico; La apoteosis.</i> —José Pons Samper	95
III	<i>Sueños.</i> —José María Matheu	134
	<i>Ana Bolena.</i> —Mariano Miguel de Val	136
	<i>... y el cántaro no se llena.</i> —Julio J. Casal	136
IV	<i>Clavellinero.</i> —Salvador Rueda	160
	<i>El paso de Gerineldo.</i> —Alfonso Martínez de Ereilla	169
V	<i>Visión de amor.</i> —Cristóbal Pellegrero	218
	<i>La virgen del ocaso.</i> —Mariano Ferrer Lalana	220
VI	<i>El Amado.</i> —Blanca de los Ríos	253

Cuentos y novelas.

Números.		Páginas.
II	<i>El hombre que bajó del cielo.</i> —Andrés González-Blanco.....	87
III	<i>Una equivocación.</i> —Antonio Guardiola	127
	<i>En el bosque de la diosa Milita.</i> —Ramón Goy de Silva.....	130
III, IV y V	<i>El hijo de Parsifal.</i> —Rafael Pamplona.	
VI	<i>Orgullo de raza.</i> —Juan Menéndez Pidal.....	245
	<i>Siempre viva.</i> —Antonio Guardiola.....	250
	<i>Psalmos.</i> —R. Cansinos-Assens.....	252

Informaciones.

Actualidades.

I	<i>Homenaje á la Infanta Isabel</i>	44
II	<i>Aniversario de la muerte de Costa.</i> —Manuel Bartolomé Cossío.	97
III	<i>Las Cortes de Cádiz</i>	137
IV	<i>Los Archivos de Protocolos.</i> —Mariano Miguel de Val.....	172
VI	<i>Bibliografía hispanoamericana.</i> —Mariano Miguel de Val.....	255
I y II	Política. —Mariano Miguel de Val y Vicente Calvo Aca- cio.....	47 y 103

Extranjera.

I	<i>La obra del Instituto Rockefeller de investigación médica.</i> — J. A. Presno Bastiony.....	51
	<i>Un manifiesto del rey del libro.</i> —Mariano Miguel de Val.....	55
II	<i>El general J. Santos Zelaya.</i> —Eliás Sancho.....	108
	<i>Contribuyentes yanquis</i>	112
III	<i>Academia Argentina de la Lengua</i>	144
	<i>De la Argentina.</i> —Doctor Lestache.....	149

Financiera.

I	<i>Los retiros obreros en Francia.</i> — <i>El algodón en 1911.</i> — <i>El giro</i> <i>postal en Alemania.</i> — <i>La Hacienda en Noruega.</i>	59
III	<i>Tesoro y Banco</i>	150
IV	<i>La baja de los francos.</i> — <i>De Presupuestos</i>	177
V	<i>Las Compañías de navegación alemanas</i>	222
VI	<i>Exportación de frutas y legumbres.</i> —Luis Calderón.....	257

Académica.

I	<i>Academia de la Poesía Española</i>	114
VI	<i>Rubén Darío en el Ateneo de Madrid</i>	263
	<i>Palabras de Jacinto Benavente</i>	264
	<i>Palabras de Joaquín López Barbadillo</i>	266

Artística.

IV	<i>El Museo del Prado.</i> —Conrado Solsona.....	174
----	--	-----

Bibliográfica.

I	<i>La razón cantada</i> , de J. Pons Samper.—Adolfo Bonilla y San Martín.....	60
II	<i>La columna de foc</i> , de Gabriel Alomar.—E. Gómez de Baquero.....	115
	<i>Obras completas de D. Marcelino Menéndez y Pelayo.</i> —José Rogerio Sánchez.....	116
	<i>Aventuras contemporáneas</i> , de Eugenio Silvela.—Vicente Calvo Acacio.....	116
	<i>Nieve, sol y tomillo</i> , de Antonio Andión.—Vicente Calvo Acacio.....	117
	<i>Impresiones de un viaje á Buenos Aires</i> , de D. Manuel Menacho.....	118
III	<i>Solo de gaita; coda</i> , de Ramón de Arana.—Aurelio Ribalta....	151
IV	<i>Los cachorros del león</i> , de José García Mercadal.—José María Matheu.....	178
	<i>Así fué Tántalo</i> , de Rómulo D. Carbia.—Vicente Calvo Acacio.....	181
	<i>Por los cauces serenos</i> , de Antonio Zozaya.—Vicente Calvo Acacio.....	182
	<i>Sueños de noches lejanas</i> , de Ramón Goy de Silva.—G. Morenas de Tejada.....	183
V	<i>Siembras</i> , de José Martínez Jerez.—F. de Asís Jiménez Moya.....	223
	<i>La gruta</i> , de Ignacio Zaldívar.—Mariano Miguel de Val.....	225
VI	<i>Esperanzas y recuerdos</i> (poesías) y <i>Madrid goyesco</i> , de doña Blanca de los Ríos.—Mariano Miguel de Val.....	268
	<i>Campos de Castilla</i> , de Antonio Machado.—Mariano Miguel de Val.....	269
	<i>Jotas</i> , de Sixto Celorrio y Alberto Casañal.—Francisco Aznar Navarro.....	270
	<i>La pata de la raposa</i> , de Ramón Pérez de Ayala.....	272
	<i>Las flechas del amor</i> , de Alberto Insúa.....	272
	<i>El hipnotismo prodigioso</i> , de Aymerich.—Ángeles Vicente...	272
II, III, IV, V y VI	<i>Libros recibidos</i>	119, 152, 183, 226 y 274

ÍNDICE DE AUTORES

I	Andión (Antonio).— <i>Bucólica</i> . (Poesía.).....	41
III	Argente (Baldomero).— <i>El genio anglosajón</i>	121
VI	Aznar Navarro (Francisco).— <i>Jotas</i> , de Sixto Celorrio y Alberto Casañal. (Bibliografía.).....	270

VI	Benavente (Jacinto).— <i>En honor de Rubén Darío</i>	264
I	Bonilla y San Martín (Adolfo).— <i>La razón cantada</i> , de José Pons Samper. (Bibliografía.).....	60
VI	Calderón (Luis).— <i>La exportación de frutas y legumbres del norte de España al sur de Inglaterra</i>	257
II	Calvo Acacio (Vicente).— <i>Información política</i>	103
	<i>Aventuras contemporáneas</i> , de Eugenio Silvela. (Bibliografía.).....	116
	<i>Nieve, sol y tomillo</i> , de Antonio Andión. (Idem.).....	117
III	<i>Así fué Tántalo</i> , de Rómulo D. Carbia. (Idem.).....	181
	<i>Por los cauces serenos</i> , de Antonio Zozaya. (Idem.).....	182
VI	Cansinos-Assens (R.).— <i>Psalmos</i>	252
II	Campos Ortega (Lino Ramón).— <i>Los ojos de Elisa</i> . (Poesía.)..	94
IV	Carbia (Rómulo D.).— <i>El régimen colonial español en el Río de la Plata</i>	165
V	<i>Justicia histórica de la obra de España en América</i>	209
III	Casal (Julio J.).—... y el cántaro no se llena. (Poesía.).....	136
I	Casañal (Alberto).— <i>Lo que debe ser la jota</i> . (Idem.).....	37
II	Cossío (Manuel Bartolomé).— <i>Aniversario de la muerte de Costa</i>	97
V	Ferrer Lalana (Mariano).— <i>La virgen del ocaso</i> . (Poesía.)...	220
IV	Fuentes (Anselmo).— <i>Patriotismo</i>	153
II	Fuentes Redondo (Ubaldo).— <i>Impresiones de serranía</i>	79
	Gómez de Baquero (Eduardo).— <i>Obras completas de D. Marcelino Menéndez y Pelayo</i> . (Bibliografía.).....	116
	González-Blanco (Andrés).— <i>El hombre que bajó del cielo</i> . (Cuento.).....	87
	Gota (Antonio).— <i>Influencia de las ideas en la evolución de los pueblos</i>	65
III	Goy de Silva (Ramón).— <i>En el bosque de la diosa Milita</i>	190
	Guardiola (Antonio).— <i>Una equivocación</i> . (Cuento.).....	127
VI	<i>Siempre viva</i> . (Cuento.).....	250
V	Jiménez Moya (Francisco de Asís).— <i>Siembras</i> , de J. Martínez Jerez. (Bibliografía.).....	223
IV	Latino (Aníbal).— <i>España y la República Argentina</i>	161
VI	León (Ricardo).— <i>Marcelino Menéndez y Pelayo</i> . (Soneto.)....	241
III	Lestache (Dr.).— <i>De la Argentina</i>	149
VI	López Barbadillo (Joaquín).— <i>En honor de Rubén Darío</i>	266
IV	Martínez de Erquilla (Alfonso).— <i>El paso de Gerineldo</i> . (Poesía.)	169
III	Matheu (José María).— <i>Sueños</i> . (Idem.).....	194
IV	<i>Los cachorros del león</i> , de José García Mercadal. (Bibliografía.).....	178
VI	Maura (Antonio).— <i>En honor de Marcelino Menéndez y Pelayo</i> .	231
II	Menacho (Manuel).— <i>Impresiones de un viaje á Buenos Aires</i> .	118
VI	Menéndez Pidal (Juan).— <i>Orgullo de raza</i>	245
IV	Morenas de Tejada (G.).— <i>Sueños de noches lejanas</i> , de Ramón Goy de Silva. (Bibliografía.).....	183
I	Navarro (Félix).— <i>Las obras de arte en el hierro</i>	16
	Oliver (Miguel de los Santos).— <i>La poesía española y la Revolución francesa</i>	5
VI	<i>En honor de Menéndez y Pelayo</i>	236

Números.		Páginas.
III, IV y V	Pamplona (Rafael).— <i>El hijo de Parsifal</i> . (Novela.)	
V	Pellejero (Cristóbal).— <i>Visión de amor</i> . (Poesía.)	218
I	Pidal (Alejandro).— <i>Descubrimiento del retrato auténtico de Cervantes</i>	27
II	Pons Samper (José).— <i>Algo; A un crítico; La apoteosis</i> . (Poesías.)	95
I	Presno Bastiony (J. A.).— <i>La obra del Instituto Rockefeller</i> . (Información extranjera.)	51
V	Pulido (Ángel).— <i>Lister</i>	185
III	Ribalta (Aurelio).— <i>Solo de gaita</i> , de Ramón de Arana. (Bibliografía.)	151
VI	Ríos (Blanca de los).— <i>El Amado</i> . (Poesía.)	253
	Rodríguez Marín (Francisco).— <i>En honor de Menéndez y Pelayo</i>	238
IV	Rueda (Salvador).— <i>Clavellinero</i> . (Soneto.)	160
II	Sánchez (José Rogerio).— <i>Obras completas de D. M. Menéndez y Pelayo</i> . (Bibliografía.)	116
	Sancho (Eliás).— <i>El general J. S. Zelaya</i> . (Información extranjera.)	108
IV	Solsona (Conrado).— <i>El Museo del Prado</i> . (Información artística.)	174
III	Val (Mariano Miguel de).— <i>Ana Bolena</i> . (Soneto.)	136
I	<i>Homenaje á la Infanta Isabel</i>	44
IV	<i>Los Archivos de Protocolos</i>	172
VI	<i>Bibliografía hispanoamericana</i>	255
I	<i>Crónica política</i>	47
	<i>Un manifiesto del rey del libro</i>	55
V	<i>La gruta</i> , de Ignacio Zaldívar. (Bibliografía.)	225
VI	<i>Esperanzas y recuerdos y Madrid goyesco</i> , de Blanca de los Ríos de Lampérez. (Idem.)	268
	<i>Campos de Castilla</i> , de Antonio Machado. (Idem.)	269
	Vicente (Ángeles).— <i>El hipnotismo prodigioso</i> , de Aymerich.. (Idem.)	272

ÍNDICE DE GRABADOS

I	Retrato de Mr. James Carleton Young, rey del libro.	37
IV	Retrato del ilustre literato D. Antonio Zozaya.	182
V	Retrato de Lister (joven).	199
	Retrato de Lister (anciano).	200
	Retrato de Rómulo D. Carbia, publicista argentino.	210
VI	Retrato del gran poeta Rubén Darío.	265
	Retrato de la ilustre escritora D. ^a Blanca de los Ríos de Lampérez.	269

Biblioteca ATENEO de Autores Españoles

MEDALLA DE ORO EN LA EXPOSICIÓN HISPANO-FRANCESA DE ZARAGOZA (1908)

OBRAS CLÁSICAS * OBRAS MODERNAS * OBRAS REGIONALES

POESÍAS TEATRO NOVELAS ACTUALIDAD COSTUMBRES CRÍTICA CUENTOS

OBRAS PUBLICADAS

Los Sitios de Zaragoza, juzgados por los generales de hoy, franceses y españoles.—S. M. el Rey D. Alfonso XII generales López Domínguez, Primo de Rivera, Bonnal, Gallieni, Bazaine-Haiter, Azcárraga, Weyler, Pol vieja, Ochando, Luque, Martítegui, González Parrado, Echagüe, Suárez Inclán, Hore, Marvá y Madariaga. Epílogo del teniente coronel Ibáñez Marín. Retratos y autógrafos. (Edición de lujo.)—Precio: 10 pesetas.

Romancero de los Sitios de Zaragoza.—Fernández Shaw, Sancho, Gil, Cavestany, Larroder, Taboada, Benaldo de Quirós, Enciso, Navas, García Redel, Cortines Murube, Valenzuela, Pomar, Fernández y González Lassa, Aquino, Guijarro, Rueda, Rey, Gill, González Amurrio, Val, Bonilla, Alonso, Rodao, Abellán y Sandoval. Prólogo de Mariano Miguel de Val. Profusión de grabados. (Edición de lujo.)—Precio: 5 pesetas.

El placer de amar (novela).—Daniel López Orense.—Precio: 3 pesetas.

Cancionero (poesías).—Manuel de Sandoval, catedrático y correspondiente de la Real Academia Española. Precio: 3,50 pesetas.

Silba de varia lección.—Función de desagavios en honor del insigne Lope de Rueda, desafortunadamente comentado en la edición que de sus *Obras* publicó la Real Academia Española, valiéndose de la péñola de don Emilio Cotarelo y Mori.—*El Bachiller Alonso de San Martín*.—Precio: 2 pesetas.

Homenaje a Federico Mistral.—Paul Révoil, Rubén Darío, Teodoro Llorente, Díez-Canedo, Fernández Shalcheta, Machado, Mesa, Pérez de Ayala, Val y Bonilla.—Precio: 1,50 pesetas.

Los orígenes de la religión.—Edmundo González-Blanco.—Dos tomos.—Precio: 10 pesetas.

Educadores de nuestro Ejército.—Obra póstuma de José Ibáñez Marín. Prólogo del general de brigada Excmo. Sr. D. Federico de Madariaga. Retratos, autógrafos, etc.—Precio: 4 pesetas.

La revolución y los intelectuales.—Ramiro de Maeztu.—Precio: 1 peseta.

Remanso de dolor (novela).—José García Mercadal.—Precio: 3,50 pesetas.

Siembras (poesías).—José Martínez Jerez.—Precio: 3,50 pesetas.

El hijo de Parsifal (novela).—Rafael Pamplona.—Precio: 2,50 pesetas.

EN PREPARACIÓN

Novelas escogidas.—Varios autores.

Estudios de crítica literaria.—Adolfo Bonilla y San Martín.

Biblioteca ATENEO de Autores Americanos

OBRAS PUBLICADAS

Poema del otoño y otros poemas.—Rubén Darío.—Precio: 3,50 pesetas.

El viaje á Nicaragua (prosa y verso).—Rubén Darío.—Precio: 4 pesetas.

EN PREPARACIÓN

De otros huertos (versiones).—Baltino Dávalos.

OBRAS ESPECIALES

Colección "Oro viejo,,

Contendrá reproducciones de joyas literarias clásicas hasta ahora casi desconocidas ú olvidadas. Las ediciones se ajustarán escrupulosamente á los textos más dignos de fe é irán precedidas de introducciones históricas-críticas.

DOBLÓN I.—*Entremeses del siglo XVII* atribuidos al Maestro *Tirso de Molina*, con una Epístola histórica crítica, por *El Bachiller Mantuano*. (Tirada de 250 ejemplares.)—Precio: 2 pesetas.

DOBLÓN II.—*Vejámenes literarios*, por Jerónimo de Cáncer y Velasco y Anastasio Pantaleón de Ribera (siglo XVII), anotados y precedidos de una Advertencia histórico-crítica, por *El Bachiller Mantuano*. (Tirada de 300 ejemplares.)—Precio: 2 pesetas.

Nuestros grandes oradores

Esta colección se formará de pequeños volúmenes, cada uno de los cuales contendrá dos discursos escogidos el retrato y el facsímil de uno de nuestros oradores insignes, tales como Castelar, Moret, Echegaray, Cost Salmerón, Maura, Canalejas, Azcárate, etc.

I.—**Segismundo Moret.**—Propaganda liberal.—Precio: 2 pesetas.

Ediciones "Gran lujo,,

Tiradas especiales de importantes obras.

Alfonso XIII.—Rubén Darío.—Semblanza del Rey de España escrita para *La Nación*, de Buenos Aires. Edición de 200 ejemplares en 4.º mayor, papel inglés, y seis en papel Japón. Retratos de SS. MM. D. Alfonso Doña Victoria y Doña María Cristina.—Precio: 5 pesetas.

Paz de Borbón.—Mariano Miguel de Val.—Semblanza.—(En preparación.)

Se admiten suscripciones á la **Biblioteca**, lo cual da derecho á recibir francos de porte los libros que publiquen y á disfrutar un 25 por 100 de rebaja en el precio de cada tomo.

Dirección y Administración: Serrano, núm. 27.—MADRID.—Teléfono 2.297.

BIBLIOTECA RENACIMIENTO

SOCIEDAD ANÓNIMA EDITORIAL = PONTEJOS, 8.—MADRID

VOLUMENES DE 250 A 400 PÁGINAS, LUJOSAMENTE IMPRESOS, CON ARTÍSTICAS CUBIERTAS EN COLOR

LIBROS RECIENTEMENTE PUBLICADOS

	Pesetas		Pesetas
S. y J. ÁLVAREZ QUINTERO		MANUEL MACHADO	
Puebla de las Mujeres.....	3,00	Cante hondo, <i>poesías</i>	3,50
COMEDIAS ESCOGIDAS		EDUARDO MARQUINA	
Tomo V y último: La casa de García.—Doña		La alcaidesa de Pastrana.....	2,50
Clarines.—El centenario.....	3,50	El rey trovador.....	3,50
PÍO BAROJA		G. MARTÍNEZ SIERRA	
Las inquietudes de Shanti Andía, <i>novela</i> ...	3,50	El poema del trabajo.—Diálogos fantásti-	
El árbol de la ciencia, <i>novela</i>	3,50	cos—Flores de escarcha. (Segunda edi-	
JOAQUÍN BELDA		ción.).....	3,50
Alcibiades-Club, <i>novela</i>	3,50	Sol de la tarde, <i>novelas</i> . (Segunda edición.)	3,50
RUBÉN DARÍO		Teatro de ensueño (Tercera edición.).....	3,50
Todo al vuelo.....	3,50	RAMÓN PÉREZ DE AYALA	
CONCHA ESPINA		La pata de la raposa, <i>novela</i>	3,50
Agua de nieve, <i>novela</i>	3,50	CONDESA DE PARDO BAZÁN	
ANATOLE FRANCE		Belcebú, <i>novelas</i>	3,50
Los dioses tienen sed, <i>novela</i>	3,50	LA LITERATURA FRANCESA MODERNA	
ALBERTO INSÚA		II. La transición.....	4,00
El demonio de la voluptuosidad, <i>novela</i>	3,50	JACINTO OCTAVIO PICÓN	
Las flechas del amor, <i>novela</i>	3,50	OBRAS COMPLETAS	
RICARDO LEÓN		IV. Mujeres, <i>novelas</i>	3,50
Alivio de caminantes.....	3,50	SANTIAGO RUSIÑOL	
Los centauros, <i>novela</i>	3,50	Un viaje al Plata.....	3,50
RAFAEL LÓPEZ DE HARO		RUSIÑOL Y MARTÍNEZ SIERRA	
Poseída, <i>novela</i>	3,50	Vida y dulzura.....	2,00
LEOPOLDO LÓPEZ DE SÁA		FELIPE TRIGO	
Carne de relieve, <i>novela</i>	3,50	El médico rural, <i>novela</i>	3,50
J. LÓPEZ SILVA		MIGUEL DE UNAMUNO	
La musa del arroyo.....	3,50	Soliloquios y conversaciones.....	3,50
ANTONIO MACHADO		FRANCISCO VILLAESPESA	
Campos de Castilla, <i>poesías</i>	3,50	El espejo encantado, <i>poesías</i>	3,50
		El Alcázar de las Perlas.....	3,50

BIBLIOTECA POPULAR

	Pesetas		Pesetas
I. PÍO BAROJA.—La casa de Aizgorri, <i>novela</i>	1,00	V. JOAQUÍN DICENTA.—Galerna, <i>novelas</i>	1,00
II. FELIPE TRIGO.—Así paga el diablo, <i>novelas</i>	1,00	VI. RAFAEL LÓPEZ DE HARO.—La imposible, <i>novela</i> ...	1,00
III. ALBERTO INSÚA.—En tierra de Santos, <i>novela</i>	1,00	VII. CONDESA DE PARDO BAZÁN.—Cuentos trágicos....	1,00
IV. S. y J. ÁLVAREZ QUINTERO.—Drama, comedia y		VIII. EDUARDO MARQUINA.—Elegías.....	1,00
sainete.....	1,00		

La "Biblioteca Renacimiento"

tiene á la venta todas las obras de los autores siguientes: Leopoldo Alas (Clarín), S. y J. Álvarez Quintero, Edmundo de Amicis, Pío Baroja, Joaquín Belda, Jacinto Benavente, Pablo Bourget, Manuel Bueno, Rubén Darío, Alfonso Daudet, Joaquín Dicenta, Concha Espina, Carlos Fernández Shaw, Anatole France, Alberto Insúa, Juan R. Jiménez, Ricardo León, Rafael López de Haro, J. López Píñillos, José López Silva, Antonio y Manuel Machado, Eduardo Marquina, José Martínez Ruiz (Azorín), Gregorio Martínez Sierra, Condesa de Pardo Bazán, Ramón Pérez de Ayala, Benito Pérez Galdós, Jacinto Octavio Picón, Santiago Rusiñol, Felipe Trigo, Miguel de Unamuno, Mariano Miguel de Val, Ramón del Valle-Inclán, Julio Verne, Francisco Villaespesa.

